

ELLOS NOS QUIEREN A TODOS

SI TE GUSTAN LOS FINALES INESPERADOS, ESTA ES TU NOVELA



JUAN JOSÉ DÍAZ TÉLLEZ

ELLOS NOS QUIEREN A TODOS

©Juan José Díaz Téllez

Diseño de cubierta y maquetación:

Juan José Díaz Téllez

FB: www.facebook.com/Ellosnosquierenatodos

www.juanjoescritor.com

email: info@juanjoescritor.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del autor.

ANTES...

El edificio era el perfecto ejemplo de lo que se podría llamar un cambio de planes. La personificación del dicho “*El hombre propone y Dios dispone*”. El hombre, que en este caso no era otro que el alcalde, se había propuesto que aquella edificación fuese la piedra angular que sostendría la expansión de la ciudad, en su anhelada transformación a destino turístico por excelencia. En el momento de su construcción el edificio era lo último en cuanto a diseño, tanto de interior como de exterior, e iba a ser el centro neurálgico de un complejo turístico que se iba a llamar *Ciudad del Golf*.

No era muy alto, sólo cuatro plantas habitables, con dos vecinos por planta, más la entreplanta y el bajo, en el que se encontraba la *residencia* del portero, pero cada uno de los pisos que las componían eran gigantescos en comparación con la tendencia minimalista en cuanto a espacio que reinaba en la arquitectura del momento, o dicho de otra manera, *cómo convertir una casa de dos dormitorios en una de cuatro para cobrar el doble por ella*.

Sin embargo, Dios dispuso que la ciudad creciese en sentido diametralmente opuesto. El alcalde, que había sido el principal impulsor del proyecto se vio envuelto en un turbio escándalo urbanístico que le costó el puesto, unos años de cárcel, y, por descontado, supuso el fin de su proyecto.

El edificio, al principio, mantuvo el tipo a pesar de que la *Ciudad del Golf* cayó en el olvido. Personajes de cierta repercusión mediática, sobre todo en los programas del corazón, se habían apresurado a reservar su vivienda con el fin de mantenerse de forma continua en el ojo del huracán de lo que, se suponía, iba a ser el centro de lo que había sido llamado la *Jet Set*, una alta sociedad de pandereta. Pero con el paso del tiempo, el brillo se fue apagando poco a poco, y al mismo ritmo las ratas fueron abandonando el barco.

Los propietarios fueron vendiendo sus pisos por mucho menos de lo que habían pagado, a gente no tan ilustre. En tan solo unos años no quedaba del proyecto inicial nada más que el edificio en sí, habitado por gentes de diversos estratos sociales. La mayoría había adquirido sus viviendas porque en ninguna otra parte podían encontrar tal calidad en

la construcción y tanto espacio a precios tan reducidos. El coste a pagar, más allá del monetario, era el estar alejados de todo, ya que por supuesto no había alrededor ni zonas de ocio, ni comercios, ni colegios, ni siquiera parada de autobús. Los que adquirieron las viviendas con el fin de especular con ellas, se vieron obligados a alquilarlas a terceros, al ser imposible vender a precios que se acercaran siquiera a lo invertido.

Así fue como el edificio, que había sido diseñado para albergar a la alta sociedad, se vio invadido por personas que, si el plan inicial no se hubiese torcido, nunca se habrían podido permitir vivir allí. Personas que, con la interminable crisis cómodamente instalada y protagonizando un día tras otro el telediario, tenían todas las papeletas para engrosar en poco tiempo la cada vez más numerosa clase baja con su peligroso *umbral de la pobreza* siempre presente.

Lo que iban a ser campos de golf acabaron convirtiéndose en vertederos ilegales que se nutrían de los desperdicios de las obras del otro lado de la ciudad. Al anochecer, desde los pisos más altos, se podía ver en el horizonte la línea iluminada de las nuevas construcciones de la ciudad, como una interminable y sarcástica sonrisa de luces centelleantes que le recordaban al edificio lo que podía haber llegado a ser.

El edificio, que fue concebido para reinar sobre el resto de la nueva *milla de oro* de la ciudad se convirtió en una mole aislada.

LA SUSTANCIA

DÍA 1. 1^o—A

Rocío no había tenido en absoluto una buena noche. Odiaba que su marido fuese capaz de dormir a pierna suelta en medio de una batalla campal, aunque cayesen bombas a diestro y siniestro. Y lo odiaba sobre todo porque a ella le pasaba lo contrario, necesitaba un silencio total y absoluto para poder conciliar el sueño, además de la más profunda oscuridad. Lo de la oscuridad lo arreglaba con un horroroso antifaz aterciopelado de color rosa, que cada noche la convertía en una versión *Hello Kitty* del Zorro, pero lo del silencio tenía peor solución, sobre todo desde que se habían mudado justo encima de ella los nuevos vecinos —los *Frikis*, como ella los llamaba—, que tenían la costumbre de estar zancajeando de un lado a otro hasta las tantas de la madrugada, mientras aderezaban el ruido de los pasos con el estridente sonido de películas de serie B en las que lo normal era el rugido del monstruo de turno o los gritos de la chica ligerita de ropa a la que estaban a punto de asesinar de la forma más escandalosa y sangrienta posible. Y aquella noche habían tenido sesión continua. La última vez que recordaba haber mirado el reloj era la una y cuarto de la madrugada.

Otro problema de no coger el sueño enseguida era que Ramón empezaba con su sesión de ronquidos en *do mayor* a los pocos minutos de apoyar su cabeza sobre la almohada. Si ella no se dormía antes de que eso sucediera, estaba perdida. Con estos antecedentes, no era difícil imaginar que la noche del domingo al lunes la había pasado entre golpes con el mango de la escoba en el techo —que además eran total y sistemáticamente ignorados por los molestos vecinos de arriba—, y empujones a su marido que hacían que el insoportable ronquido se detuviese al menos por unos instantes.

Rocío se colocó boca arriba y se relajó unos segundos. En su mente hizo un análisis de la situación. No era capaz de precisar si había llegado a sumergirse en un sueño profundo en algún momento, aunque solo hubiera sido por unos instantes, o si había dado bandazos durante toda la noche en una poco reparadora semi inconsciencia. Aún era noche cerrada, porque en cuanto comenzaba a clarear el día lo notaba como un leve resplandor rosado a través del antifaz, que aunque era opaco, dejaba pasar un poco de luz si ésta era lo bastante intensa. Tenía que levantar a los niños para el colegio a las ocho, y de paso a su marido para que se fuese al trabajo. Y entonces entraría en el maravilloso

universo de la soledad. Lo más cercano a la felicidad que experimentaba a diario: tener a los niños en el colegio y a su marido en el trabajo.

Era madre de un hijo y una hija, Andrés y Nuria, él de doce años y ella de nueve. Ambos perfectos especialistas en el *noble arte* de vaguitar, no colaborar en las tareas de casa, sacar con más pena que gloria las notas en el colegio, pedir, exigir y patallar. Lo que se dice unos angelitos. A sus cuarenta y cinco años de edad, no se podía decir que Rocío fuese una persona feliz. Quizá sí, dentro de los márgenes que ella establecía como “felicidad razonable”, pero no dentro de los cánones de una persona normal. Dicho de otro modo, cualquier persona que observase desde fuera su día a día, la vería como una desgraciada que dedica el noventa y tantos por ciento de su vida a satisfacer las necesidades primarias tanto de sus hijos como de su pareja. Lo que se podía llamar una “*chacha 24 horas*”.

En su guion no estaba establecido acabar de aquella manera, de hecho había finalizado con muy buena nota sus estudios de auxiliar administrativo y saltó al mercado laboral con bastante éxito, cambiando de trabajo en unas cuantas ocasiones con la consiguiente mejora de sueldo y condiciones en cada uno de sus nuevos empleos. Sin embargo, en sus planes se cruzó un tal Ramón, que se casó con ella tras dejarla embarazada de *penalti*, aunque esto nunca se supo en su entorno ya que se organizó una boda relámpago y ella dio a luz dentro del sagrado matrimonio, como debe ser. Luego su vida laboral se vio pospuesta mientras su primogénito era lo bastante mayor como para ir a una guardería. Cuando esto sucedió, llegó la niña. Y cuando se vino a dar cuenta, se había acoplado a su rol de ama de casa, y con la velocidad a la que habían evolucionado las herramientas y los programas informáticos que se vería obligada a usar en su trabajo, se sentía tan fuera de onda, tan estancada en el pasado como para no darse a sí misma la más mínima oportunidad.

Su incombustible sentido de la responsabilidad la hizo volver de los momentos de descanso que se había concedido de forma brusca. Algo la había puesto en alerta, algo que no alcanzaba a precisar. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que no se oían los ronquidos de su marido. Sin aún quitarse el antifaz, tanteó su lado de la cama. Estaba vacío. Y frío. Allí no había dormido nadie desde hacía un buen rato.

Se sobresaltó, y se quitó el antifaz de golpe.

Siguió sumida en la más absoluta oscuridad.

DÍA 1. 1º—B

No se podía decir que el piso fuera un ejemplo de limpieza e higiene, más bien todo lo contrario. Eugenia había vivido rodeada de animales la mayor parte de su vida —y por lo que a ella incumbía, eso incluía a sus hermanas, Rogelia e Ignacia— y a sus setenta y tres años —reconocidos, que no reales— no tenía ni las ganas ni la necesidad de mantener una limpieza aceptable. Para cualquier persona que entrase en su *hogar, dulce hogar*, el hedor sería insoportable, pero tanto ella como sus hermanas se habían acostumbrado al olor hasta el punto de no notarlo siquiera. Por supuesto, eso no incluía al resto de sus vecinos, que las habían denunciado varias veces en sanidad sin obtener ningún resultado. La última vez que pasó revista tenían en el piso cinco gatos —tres hembras y dos machos—, un yorkshire con la molesta costumbre de ladrar sin motivo hasta altas horas de la madrugada, y un perro callejero que recogió ella misma hacía un par de años, a los que había que sumar una ingente cantidad de periquitos, canarios y jilgueros que vivían hacinados en una enorme jaula en la cocina, que ocupaba lo que con anterioridad había sido el lavadero, y un loro con muy mala leche que revoloteaba libre por la casa, y que se sabía una colección de insultos muy superior a la de cualquier adolescente de hoy en día.

Desde el preciso instante en que Eugenia abrió los ojos, supo que algo iba mal. No sentía el calor de *Pulgoso*, el perro callejero que solía dormir sobre sus pies. Además, la casa estaba en completo silencio. Ni el ronroneo de cualquiera de los gatos en su ronda nocturna, ni el estridente graznido de los periquitos... ni siquiera el aleteo de *pirata*, el loro cabrón como lo llamaba ella, saltando desde el sofá de la salita hasta el mueble del televisor, ruta que repetía sin cesar, noche y día, al menos un millar de veces.

Y todo estaba oscuro. Completa y absolutamente oscuro. No veía el resplandor rojizo del despertador que tenía en la mesilla y que le servía para controlar —y disfrutar, porque así jodía a sus vecinos— de las horas de mayor escándalo de ladridos del Yorkshire *Gruñón*. Eso significaba con toda probabilidad que se había ido la luz, pero el despertador tenía pilas para emergencias de aquel tipo... ¿estaban las pilas gastadas, o las había repuesto hacía poco?... Creía que sí, pero no estaba en condiciones de asegurarlo. En cualquier caso, era la única explicación lógica, así que no le dio más vueltas, se levantó y a tientas, con el mayor cuidado que pudo, se acercó a la pared y accionó el interruptor.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz eléctrica y el mundo dejó de parecerle una

feria de luces cegadoras, constató lo que había sospechado: no había ningún animal en su desordenado cuarto, que era lo más parecido al ganador del primer premio en un concurso de víctimas del *Síndrome de Diógenes*. Antes de salir al pasillo siseó varias veces; al hacer esto, por regla general aparecían al menos dos o tres gatos que estaban escondidos detrás de algún montón de ropa o cartones, y los perros llegaban al trote entre escandalosos ladridos, pero no sucedió nada. La casa siguió sumida en el más completo silencio, y desde la puerta de su cuarto hacia afuera sólo se percibía la más absoluta oscuridad. El corazón de Eugenia hizo todo lo contrario que sus animales, cogió carrerilla y empezó a latir de manera preocupante. Respiró hondo, y trató de calmarse. Para llegar al salón tenía que atravesar el pasillo, que tenía la bombilla fundida desde tiempos inmemoriales, lo que la obligaba a caminar a ciegas al menos siete u ocho metros hasta llegar al interruptor del comedor. ¿Pero por qué demonios estaba tan oscuro? Sólo su hermana menor, Ignacia —que rondaba los sesenta y cinco—, tenía la costumbre de dormir con las persianas bajadas por completo, pero ni su otra hermana, Rogelia, ni ella misma podían dormir a oscuras. Y por supuesto, la ventana del comedor tenía las cortinas descorridas con el *noble* propósito de que los animales comenzaran a montar escándalo con las primeras luces del día.

Visto como estaban las cosas, no le quedaba otro remedio que atravesar el pasillo. Pensó en gritar para despertar a sus hermanas, pero lo único que podía conseguir era que alguna de ellas se levantara también a ciegas y tuviese un accidente. No es que la preocupase en exceso el bienestar de sus hermanas —las peleas entre las tres eran el pan nuestro de cada día, y raro era el que pasaba sin que volasen los trastos dentro de la casa—, pero no estaba dispuesta a soportar a ninguna de ellas convalecientes en cama con una cadera rota.

Salió hacia el pasillo, pero permaneció agarrada al marco de la puerta. Miró hacia la oscuridad con la esperanza de que sus ojos se acostumbrasen a ella, pero eso no sucedió. Todo seguía siendo de un negro absoluto. Ni siquiera podía distinguir el contorno de los muebles del salón, allá al fondo. El corazón se le aceleró de nuevo. Miró hacia su cuarto. No estaba ciega, allí bajo la tenue luz eléctrica seguía viendo los montones de ropa que atrancaban de forma irremisible las puertas del armario que hacía años que no se abría para guardarla en su interior. Su mano se aferró con fuerza al marco de la puerta, que le antojaba como un salvavidas contra la negrura del pasillo. Respiró hondo, y se soltó. Caminó con la cara pegada a la pared unos metros. Tenía los ojos muy abiertos, pero el

resultado era el mismo que si los hubiese tenido cerrados. Arrastraba los pies con muchísimo cuidado. Primero uno. Luego la mano izquierda se deslizaba por el sucio papel pintado de la pared del pasillo. Y por fin arrastraba la otra zapatilla hasta tocar con la primera. Otros pocos centímetros ganados a la oscuridad. De repente, oyó algo. Un sonido extraño. Sintió el irrefrenable deseo de salir corriendo hacia la seguridad de su cuarto, pero sabía que si se giraba la invadiría el pánico e iba a caerse sin remedio. Y sería ella la que se partiese una cadera. O algo peor. Pensó en preguntar algo típico. Algo del estilo de *Quién anda ahí* o *Voy a llamar a la policía*, pero la lengua se le pegó al paladar y no pudo articular palabra. Algo se rozó contra su delgado tobillo izquierdo, y un grito ahogado le brotó de la garganta. Luego, un ruido aterrador, no fuerte ni estridente, algo así como si alguien agitase hojas de papel de estraza. Cerca de su cara. Se la protegió por instinto con las manos, y entonces sintió la presión familiar en el hombro.

—*Joputa* —se oyó la voz aguardentosa en la oscuridad.

—¡Pirata! ¡Maldito loro cabrón! —consiguió soltar por fin, con el corazón peligrosamente cerca del ritmo máximo que estaba dispuesto a resistir.

—*Cabrón, cabrón* —repitió el loro. Eso le dio las fuerzas necesarias para recorrer la distancia que le quedaba y accionar el interruptor de la luz del salón.

De nuevo la claridad. Cegadora al principio, lúgubre una vez que sus ojos se acostumbraron. Sólo dos de las cinco bombillas de la lámpara del comedor seguían funcionando. Las otras se habían ido fundiendo con el paso del tiempo y no habían sido reemplazadas. Y así seguirían hasta que no hubiese más remedio. El panorama del comedor era tan descorazonador como el de la habitación. Montones de ropa, papeles, pilas de publicidad que recogían del buzón de correos y que amontonaban de manera sistemática, cajas de cartón, de leche, de comida para animales. Todo un repertorio que a ellas les parecía de lo más normal, pero ni gatos, ni perros. Y silencio absoluto en la cocina, a pesar de que el resplandor de la luz del comedor debía haber provocado una estruendosa algarabía entre los pájaros de la jaula. Se dirigió hacia allí, y encendió la luz. La jaula estaba vacía. Ni rastro de canarios, jilgueros, ni escandalosos periquitos. Pero la puerta estaba cerrada. No se habían escapado, simplemente no estaban. De nuevo el corazón se le puso a mil. Salió disparada, a la máxima velocidad que le permitían sus débiles piernas. Atravesó el comedor y caminó en dirección contraria al oscuro pasillo —a pesar de que ahora estaba bañado en parte por la luz del comedor, le daba escalofríos— y abrió la puerta de la más pequeña de sus hermanas. Con la persiana bajada, distinguió la

figura de Ignacia en la cama. Encendió la luz y descubrió que aquello no era el cuerpo de su hermana. La cama estaba vacía, y las mantas amontonadas sobre ella, adoptando una leve forma humana que era la que la había confundido, pero allí no había nadie. Empezó a faltarle la respiración. Notaba su pulso en la garganta, y tuvo que inclinarse un poco para reponerse al mareo que le nubló la vista durante un instante. Salió a trompicones de la habitación, y abrió la puerta contigua. De nuevo oscuridad total, y de nuevo una forma humana sobre la cama. Pulsó el interruptor de la luz, y esta vez la inundó una oleada de alivio al ver el cuerpo de su hermana Rogelia tumbada de lado, tapada con las mantas hasta la cintura y con un respirar pausado. Estaba profundamente dormida.

Pero algo no encajaba. Rogelia nunca se hubiese dormido con la persiana bajada, odiaba dormir en total oscuridad. Cuando miró hacia la ventana, se le heló la sangre en las venas. Usó sus últimas fuerzas para despertar a su hermana.

Iba a necesitar toda la ayuda posible para enfrentarse a aquello.

DÍA 1. 2^o—A

Jaime y Alfonso estaban disfrutando de su recién estrenada independencia. No es que en casa de sus padres estuviesen mal, de hecho disfrutaban de todas las comodidades de tener ropa limpia, buena comida sobre la mesa —y además a la hora en que se supone que come la mayoría del género humano—, limpieza y orden. Pero a sus veinticinco y veintisiete años respectivamente, necesitaban intimidad. No es que tuviesen muy a menudo la oportunidad de llevar chicas a casa, pero el tener que presentarles a sus padres y luego pasarlas a su habitación no se les antojaba una posibilidad razonable. Así que dijeron adiós a todos los lujos, y hola a las comidas a deshoras, los bocadillos, las latas y los embutidos a granel. Y por supuesto, a los problemas a la hora de pagar el alquiler. Si bien era cierto que sus padres —mejor dicho, su padre, porque para su madre siempre serían sus pequeños por mucho pelo que tuviesen en el pecho— no veían con malos ojos aquel intento de emancipación. El trato era que ellos debían ser independientes y que no recibirían ningún tipo de ayuda monetaria. Así que entre el trabajo de Alfonso en el *McDonalds* y los chanchullos de compra-venta que se montaba Jaime en *ebay* habían podido ir sobreviviendo hasta el momento con más pena que gloria. Y por eso habían tenido que venirse a vivir a un edificio aislado del mundo, *donde Cristo dio las tres voces*, dicho de dudosa procedencia que su madre utilizaba muy a menudo. Al menos de momento no habían fallado un solo mes el pago del alquiler, lo cual era muy recomendable dado el aspecto de Maruja, la casera. Y más aún teniendo en cuenta que vivía en el 3^oA, justo un piso por encima de sus cabezas.

Volviendo al tema de las chicas, era cierto que ni Jaime ni su hermano presentaban el perfil de lo que se podría considerar un hombre atractivo. Jaime no estaba mal en lo referente al aspecto físico, era alto, de complexión media, con una abundante melena de color castaño que, sin que él hiciese nada por evitarlo, le tapaba los ojos y que una vez tras otra retiraba con un soplo. A veces, cuando estaba haciendo algo importante que requiriese de toda su atención, se recogía el flequillo con una cinta que según su hermano le daba un aire bastante afeminado. *Más maricón que un palomo cojo*, era la expresión que solía utilizar, para ser exactos. Otra de las aplicaciones que Jaime le daba a su melena, era el ocultarse tras ella: no podía evitar ponerse rojo como un tomate ante situaciones que lo incomodaban. Por lo demás, aunque no estaba mal, no tenía ni de lejos decenas de fans a su alrededor.

El caso de Alfonso era distinto. Era más bien bajito; moreno, con el pelo rizado y de aspecto aceitoso por mucho que se lo lavase, además empezaba a clarear en la parte de la coronilla y en sus cada vez más apreciables entradas. Su índice de masa corporal rozaba muy de cerca lo que se consideraba obesidad, y lo único que hacía por luchar contra ella era evitar consultar las calorías de los alimentos que consumía, y que en su mayoría pertenecían al género de los enlatados y la bollería industrial. Sin lugar a dudas su perfil encajaba más en el de *macho hispánico* de las películas de Alfredo Landa que en el de *metrosexual* de Cristiano Ronaldo. Para poner la guinda al conjunto, Alfonso era un auténtico *tocapelotas*.

Y yendo más allá del aspecto físico de ambos, lo que hacía que una vez tras otra las chicas huyesen de ellos como de la peste era la forma en que adornaban esa ya de por sí poco favorecedora imagen: para muestra, baste decir que la camiseta favorita de ambos era una en la que, sobre fondo negro, un *Zombi* devoraba con verdadero placer las entrañas de una chica a la que sostenía en brazos. Y con esa camiseta —que como casi todo su vestuario tenían repetido, una para cada uno—, era con la que salían en sus fines de semana a intentar ligar. De ahí el poco éxito que cosechaban. Y de ahí el por qué su vecina de abajo los llamaba los *Frikis*. Era cuanto menos curioso que una edificación que había sido concebida como el equivalente a la *Alta Costura* en lo que a arquitectura se refiere tuviese un tan deficiente aislamiento acústico. Así que ellos la habían escuchado en numerosas ocasiones referirse a ellos con ese término con claro afán despectivo, y a cambio obtenía unos cuantos decibelios más de la cuenta en sus maratónicas sesiones de películas de serie B. Cierto que podían haber bajado un poco el volumen, sobre todo a determinadas horas, pero la vida es así. Que no se quejase, porque por la noche desconectaban el *surround*. Al menos de momento.

En aquél preciso instante, Jaime estaba inmerso en una horrible pesadilla. Corría en la más absoluta oscuridad, por un sitio que no conocía. El suelo estaba húmedo y resbaladizo, como si corriera sobre musgo, algas... o gusanos. Millones de gusanos que se retorcieran unos sobre otros y desparramasen sus repugnantes jugos vitales al ser aplastados por sus zapatillas deportivas. El ambiente era húmedo. Muy húmedo, hasta el punto de hacerle pensar que respiraba agua en vez de aire. Era como si corriese por un milenario pasillo en el interior de alguna catacumba. Quizá una pirámide precolombina en el interior de la húmeda selva sudamericana. Y algo lo perseguía. No sabía qué era, ni por qué estaba tan convencido de que lo estaban persiguiendo, pero lo sentía. En cada

milímetro de su piel. Jaime seguía corriendo, con toda la velocidad que era capaz de alcanzar. Le dolía la garganta y la nariz, y estaba seguro de que sus pulmones estaban a punto de convertirse en branquias por cómo iba subiendo la humedad en el ambiente. Y allí seguía aquello. La cosa, pisándole los talones, deslizándose viscosa en la oscuridad, a pocos centímetros detrás de él. Con sus oscuros tentáculos, y sus colmillos afilados rebosando de forma desordenada por fuera de cada una de sus bocas. En un momento dado, uno de los tentáculos se disparó hacia delante y le atrapó el tobillo izquierdo. Esperaba sentir unas ventosas al estilo de las que tienen los pulpos, y un contacto frío y viscoso, pero fue todo lo contrario, y aquello lo aterrorizó aún más. El contacto era suave y caliente. Gritó, se giró sobre sí mismo, y cayó de bruces al suelo, rodando sobre el borde de la cama, y escapando bruscamente del contacto de la mano con la que su hermano le había agarrado el tobillo.

—¡Jodeeerr! —gritó, al tomar consciencia de que todo había sido una pesadilla. Estaba tumbado boca arriba sobre la alfombra negra de pelo que tenía el dibujo de una silueta, de las que la policía deja en el suelo para indicar el lugar y posición exacta en la que han encontrado un cadáver, y eso lo había librado de darse un golpe importante. Estaba empapado en sudor, y aún necesitó de unos cuantos segundos para reprimir el temblor que tenía por todo el cuerpo.

—¿Qué coño pasa? ¿Es que quieres matarme o qué? —le gritó a Alfonso en cuanto fue capaz de articular palabra. Entornó los ojos para acostumbrarse a la luz brillante de su habitación; las paredes estaban empapeladas con posters que provocarían pesadillas durante semanas a cualquiera que fuese un poco impresionable. Desde *Hellraiser* hasta *El amanecer de los muertos*, pasando por la nueva hornada de películas de cine de terror japonés, los posters se hacinaban sobre las cuatro paredes, robándose incluso en algunos casos el espacio unos a otros, llegando a taparse parcialmente. Y el panorama sobre los muebles no era mucho más agradable: empezando por la colección completa de figuras de *La matanza de Texas* hasta el busto a tamaño natural de *Aliens*, todo era un homenaje al cine de terror. Y la habitación de su hermano era tres cuartos de lo mismo. Cada uno de ellos tenía sus favoritas —para Alfonso, Freddy *Krueger* era lo más, e incluso tenía un maniquí a tamaño natural que le helaría la sangre en las venas al más valiente—, pero en esencia, ambos eran, como Rocío, su vecina de abajo les decía, unos auténticos *frikis*.

—Tío, tienes que ver esto... te vas a cagar de miedo —dijo Alfonso, ayudando a su hermano a levantarse—. Me parece que tenemos problemas serios.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jaime, aún aturdido. Su hermano estaba blanco como una hoja de papel. Si se trataba de una broma, lo estaba bordando. Ambos tenían la poco saludable costumbre de intentar aterrorizarse el uno al otro. Tenían lo que ellos llamaban una “*competición oficial*”, que en aquellos momentos estaba en un apretado cinco a cuatro a su favor, y que había tenido diversos momentos estelares, como aquella vez en que llenó la cama de su hermano de vísceras que había comprado el día anterior en el matadero y que había conservado —con sus moscas y todo— en el lavadero hasta que él estuvo profundamente dormido. Gracias a que cuando Alfonso se dormía no lo despertaba ni un terremoto, había podido manipular a su antojo todo lo que había querido. Ver su cara al despertarse al día siguiente cubierto de sangre, y con la cabeza apoyada sobre un estómago de vaca en vez de sobre su almohada, no había tenido precio; y por supuesto, estaba grabado en vídeo hasta el último detalle, y ambos se habían reído hasta no poder más cada vez que visionaban la cinta. Alfonso no se había quedado atrás con sus ideas; quizá la mejor fue aquella vez que aderezó a su modo la hamburguesa del *McDonalds* que había traído a su hermano. Cuando éste descubrió los gusanos que le subían entre los dedos de la mano que acababa de sacar del cartucho de patatas, ya las había devorado casi por completo y tenía en la boca la mitad del ojo de pez que había sustituido a la rodaja de pepinillo en el centro del Big Mac.

Sin embargo, esta vez Alfonso parecía asustado de verdad. Tanto que hizo que algo se pusiera en marcha en el cerebro de su hermano y se saltara todas las frases del estilo de “*Sí, claro, como que me la vas a dar*” o “*Déjate de gilipolleces, que te he pillado*” y la sustituyó por algo un poco más serio:

—Tío... ¿Qué te pasa? Estás blanco como la pared...

—No... no sé cómo explicarlo... es mejor que lo veas con tus propios ojos...

Alfonso le ayudó a levantarse, y lo condujo hacia la ventana de su cuarto. Cogió la cinta de la persiana, y tiró de ella hacia arriba. El familiar sonido de las tiras de plástico recogiendo unas sobre otras y enroscándose en el tambor le sonó lejano e irreal.

Jaime se quedó sin respiración.

DÍA 1. 2^º—B

La habitación de Albert era un canto a la modernidad tecnológica. Era el centro neurálgico al que estaba conectado el wifi que surtía de conexión a Internet al resto de la vivienda. En la mesita de noche, el portátil desde el que ponía al mundo al tanto de lo que hacía minuto a minuto a través del twitter, reposaba con el cable de alimentación conectado para que al levantarse tuviese la suficiente autonomía como para no separarse de él ni un solo segundo, sin importar el lugar de la casa en el que se encontrase. Frente a su cama, la televisión LED 4K 3D estaba colgada en la pared, con el disco duro multimedia conectado desde el que no se perdía ni uno de los estrenos descargados al instante de Internet, además en alta definición y con sonido 5.1. Todos los puertos de la pantalla estaban ocupados, e incluso había necesitado un multiplicador: para la televisión por cable en HD y los últimos modelos de consolas recién salidas al mercado de Nintendo, XBOX y Playstation.

Albert era el típico adolescente de padres separados. Tras el divorcio, él se quedó a vivir con su madre, Julia. Aunque por aquellos entonces era demasiado pequeño para atar cabos, la celeridad con la que ella recompuso su vida e inició una nueva relación hacía demasiado evidente que su matrimonio se había roto debido a que había estado jugando a tres bandas. Julia llevaba bastante tiempo con un amante, Raúl, hasta que su marido la descubrió, y eso fue lo que provocó el divorcio. El resultado de todo aquello fue como una ficha de dominó que al caer golpea a otra: Raúl se fue a vivir con ellos dos a casa, y no sólo no fue aceptado por Albert, sino que se inició una guerra fría entre ambos que se iba recrudeciendo a cada día que pasaba. Julia, que tenía un miedo atroz a que su hijo no fuese capaz de aceptar la relación, o peor aún, que la culpase a ella por haber roto su matrimonio con su padre, trató de expiar sus culpas colmando a su hijo de todo lo que pedía, y ayudándole ya de paso en su transformación de *mocoso maleducado a adolescente contra el mundo*.

Así las cosas, en el piso no se respiraba un ambiente de cordialidad. Albert dedicaba el noventa por ciento del tiempo libre que tenía —que a sus dieciséis años era más que suficiente— a intentar echar de casa a Raúl sin preocuparse por que esa cruzada a muerte estuviese amargando a su madre mucho más allá de lo soportable. En cuanto a Raúl, era un hombre tranquilo, hasta cierto punto, pero el machaque diario al que era sometido sin piedad había conseguido que odiase al *cabroncete* —así lo denominaba en su interior, por

supuesto sin que Julia lo supiera—. Entre ambos frentes, ella se dedicaba a intentar sobrevivir sin volverse loca. Sus momentos de felicidad se reducían a las horas de instituto de su hijo, porque las compartía con Raúl, y a las horas de trabajo de Raúl, porque las compartía con su hijo. El resto, era una batalla campal.

Albert abrió los ojos y se quedó contemplando la absoluta oscuridad. No tenía ni idea de la hora que era, ni le importaba tampoco demasiado. La idea de no saber en qué momento de la noche se encontraba le pareció lo bastante romántica e inspiradora como para *tuitearla*. La frase se dibujó por sí sola en su mente:

«Hola mundo. Acabo de despertarme, estoy completamente a oscuras y no tengo ni idea de que hora es».

Era como un poema en sí mismo. Un canto a la soledad. «*Tócate los cojones*», habría dicho Raúl, para luego quitarse de enmedio con las tripas hirviendo por la manía compulsiva del *cabroncete* de poner al resto del mundo al tanto de todo lo que hacía minuto a minuto. Su frase favorita para sacar de sus casillas a Albert era «*Acuérdate de poner que después de cagar te has limpiado el culo*».

Albert se giró a ciegas y tanteó en la mesilla de noche hasta alcanzar su ordenador portátil. Lo abrió, y entornó los ojos ante la luminosidad de la pantalla de bienvenida de Windows. Tecleó su clave, y automáticamente se abrió el navegador de Internet. Lo tenía preparado para que cargase la página principal de Twitter, pero en vez de eso, obtuvo un mensaje de error. La página no estaba disponible.

—¿Pero qué...? —comenzó a decir, pero vio en la esquina inferior derecha de la pantalla el símbolo que le avisaba de que no había conexión de Internet.

—Joder —protestó, y se tiró de la cama. Se le liaron los pies en la sábana y le faltó poco para tropezar y acabar con la cabeza abierta contra la pared. Si había algo que no soportaba era estar desconectado. Quizá no estaba enganchado hasta el punto en que puede estarlo un drogadicto con el *mono*, pero sí como un fumador al que niegan su pitillo de después del almuerzo. Se tiró hacia el router wifi, y allí estaba el problema. La luz roja que avisaba de que no había conexión con internet brillaba triunfal. Soltó el router en su sitio, y cogió el teléfono inalámbrico. No había línea.

—¡Mierda de compañía! —gritó, y lanzó el teléfono con furia sobre el colchón. Se sentó en el borde de la cama, y reposó la cabeza sobre las manos. Jugeteó nervioso con

su cabello despeinado. Sin previo aviso sintió un ataque de ansiedad. Necesitaba con urgencia saber qué hora era. En ese preciso momento la idea de estar desorientado no le pareció tan romántica como hacía unos instantes. Se tiró en la cama y estiró el brazo hacia la mesilla de noche. Abrió el cajón, y sacó el mando a distancia de la televisión. Pulsó el botón de encendido, y la pantalla se llenó de nieve. En el centro, se podía leer el siguiente mensaje: *NO HAY SEÑAL. Apagado automático en 4:59.*

Y seguía contando.

4:58.

4:57.

4:56.

El corazón le dio un vuelco. En su mente se instaló la idea, la certeza, de que algo malo pasaba. Saltó de la cama y conectó el equipo de música. Seleccionó la radio y giró el dial. Sólo obtuvo estática. En todas y cada una de las emisoras, tanto en AM como en FM.

Salió de su habitación y en tres grandes zancadas alcanzó el dormitorio de sus padres. *De su madre y de Raúl*, se corrigió a sí mismo a pesar de lo *surrealista* de la situación. Con el corazón en la garganta, se olvidó de las mínimas normas de convivencia e intimidad, abrió de golpe la puerta y encendió la luz. Raúl dormía envuelto entre los pliegues de la enmarañada sábana. El sitio de Julia estaba vacío.

—¿Mamá? —gritó Albert. Comprobó, cada vez más nervioso, que no estaba en el cuarto de baño de la habitación. Raúl se removió inquieto. Albert volvió a llamarla, esta vez mientras corría hacia el comedor. Todo estaba oscuro fuera, pero no se convenció de que su madre no estaba en casa hasta que encendió las luces del comedor y de las dos habitaciones restantes, la cocina y el lavadero. Cuando corría de vuelta a su cuarto, Raúl apareció indignado sujetándose al marco de la puerta de su habitación.

—¿Pero qué demonios pasa aquí...?

Apenas le dio tiempo a acabar la frase, porque Albert se lanzó sobre él, y de no ser por la cama hubiera dado con sus huesos contra el suelo enmoquetado.

—¿Qué le has hecho a mi madre? —gritó—. ¿Dónde está?

Albert estaba fuera de sí, tanto que a Raúl se le hacía casi imposible sujetarlo. Se

había lanzado sobre él y luchaba tratando de agarrarlo con ambas manos por el cuello. Raúl manoteaba intentando defenderse. Al final, su mayor envergadura le permitió deshacerse de él con un empujón. El muchacho chocó con estrépito contra la puerta del armario y quedó sentado en el suelo. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que la persiana no estaba bajada. Y se quedó sin habla.

Raúl, de espaldas a la ventana, no pudo verlo. Se había incorporado, y tenía los puños apretados con tanta fuerza que las uñas se clavaban dolorosamente en la palma de sus manos. Recién arrancado de forma violenta de su sueño, se debatía entre el odio que sentía hacia aquel chaval y la preocupación por su relación con Julia.

¿Y por qué no aparecía Julia? ¿Por qué no estaba en la cama?

Se giró un instante, y entonces también lo vio. Las piernas le flaquearon y cayó sentado sobre su lado de la cama.

DÍA 1. 3^o—A

Maruja Torres siempre había tenido aires de grandeza. Creía con una firmeza absoluta en la reencarnación, y estaba convencida de que en otra vida había pertenecido a la nobleza. Le gustaba cerrar los ojos e imaginarse rodeada de sirvientes que vivían con el único propósito de satisfacerla hasta en el detalle más nimio. Maruja se dejaba querer, y por más que la *plebe* hiciera bien su trabajo, ella los recriminaba, los machacaba, los hacía sentirse tan inferiores como en realidad *eran* respecto a ella. Ese era su principal objetivo en la vida: Maruja Torres era lo que se podía denominar, sin temor a equivocarse ni un ápice, una mala arpía.

Quizás en otra vida, como ella soñaba, hubiera pertenecido a la realeza. En esta, sin embargo, no había descendido de tan noble alcurnia. De hecho, su familia había pertenecido a la denostada clase obrera desde tiempos inmemoriales, pero en un momento dado una rama de su familia se separó del resto, y se dedicó al comercio. Con tanta suerte, que en unos años habían amasado una pequeña fortuna.

Y en esa rama de la familia nació Maruja. Hija única, además, cuando sus padres fallecieron, ella heredó una importante cantidad de dinero, así como varios negocios que funcionaban bastante bien: un supermercado, una granja avícola y una cadena de droguerías con tres establecimientos abiertos en distintos puntos de la ciudad. Con este panorama, Maruja Torres tenía el futuro más que asegurado, y con tan sólo dedicarse a vivir de las rentas hubiera podido disfrutar de una vejez sin agobios. Pero en su camino se cruzó cierta edificación que iba a ser el centro de la *Alta Sociedad* moderna, y ella vio de un día para otro su sueño hecho realidad: la opción de dar un salto de calidad, deshacerse de su antigua vida e iniciar, haciendo borrón y cuenta nueva, una *glamurosa* etapa en la que por fin se relacionaría con la *nobleza* de la era moderna.

Así, y contra la voluntad de su marido Roberto Mora —al que ella llama por su apellido escudándose en que, según ella, tiene cierto toque distinguido mientras que su nombre es de lo más vulgar, y al que desde ahora nos dirigiremos como el pobre Mora—, vendió todos sus negocios e invirtió en el nuevo edificio. Gastó hasta el último céntimo y compró cuatro de los ocho pisos disponibles. Si eso no la hacía la Reina del edificio... ¿qué otra cosa podría hacerlo? Ya se imaginaba agasajada por sus convecinos, sabedores de que ella era mucho más, más que ningún otro de los que vivirían allí. Ella era la

propietaria de la MITAD del edificio. Con mayúsculas. Su sueño hecho realidad.

Cuando el sueño se convirtió en pesadilla y se encontró con cuatro pisos en posesión en mitad de la nada, no tuvo más remedio que alquilarlos. Alquilarlos a la gente que siempre había detestado. Gente baja. La situación hacía que odiase a todo y a todos los que tenía alrededor. Incluyendo al alfeñique de Mora. Pero se lo hacía pagar a diario. A él, a los frikis del segundo A, al viejo de enfrente y a las niñas del cuarto A, aunque llevaban pocos meses alquiladas. En realidad deseaba con todas sus fuerzas que se retrasaran en los pagos. Porque le daba la oportunidad de ponerlos a parir. Y eso la estimulaba, la hacía sentirse de nuevo por encima de ellos.

Tanto Mora como ella habían superado el medio siglo hacía ya tiempo. De hecho, ella rozaba muy de cerca las seis décadas, pero no iba a reconocerlo ni bajo tortura. A tal punto llegaba su obsesión con la edad que se había encargado a conciencia, con ayuda de una aguja de punto recalentada en el fuego de la hornilla, de borrar, o mejor dicho, derretir, la fecha de nacimiento del NIF. Sin embargo, mientras que los años parecían haberse afanado en ir absorbiendo poco a poco la carne, la grasa y los músculos que adornaban el débil esqueleto del pobre Mora, en el caso de Maruja habían ido amazacotando sobre ella ingentes cantidades de todo lo que a él le faltaba, hasta formar una inmensa mole de fuerza inconmensurable.

Su piso era como ella. Barroco, recargado, y con un cierto tufillo a viejo. Todo en él identificaba de manera inequívoca la forma de ser de la dueña. Los muebles, de anticuario, habían costado un ojo de la cara. De hecho seguían costando, porque cada mes se llevaban el alquiler íntegro de dos de los pisos que tenía en propiedad. El alquiler del tercero lo guardaba en lugar seguro, para darse un capricho de vez en cuando. Y ellos sobrevivían a duras penas con la pensión que le había quedado al *pobre* Mora. En sus tiempos, Roberto Mora había sido orfebre. Trabajaba tanto metales nobles como en la talla de joyas. Por eso había llamado la atención de Maruja cuando lo conoció. Quedó prendada de inmediato de aquel hombre, por cuyas manos pasaban a diario las mejores joyas que se podían encontrar en la ciudad. En realidad él no la atraía, ni siquiera un poco, pero el brillo de los diamantes que pulía eclipsaba todo lo demás. Luego, como era evidente, el matrimonio no funcionó, pero Maruja descubrió con gran placer que aquel hombre tenía otra característica que lo hacía perfecto para ella: era un *huevo*n.

Total, completa e irremisiblemente *huevo*n.

Si Maruja se levantaba un día con el pie cambiado y necesitaba desahogarse, lo cogía a él y lo ponía de vuelta y media. Lo culpaba de la mala suerte que tuvieron con el edificio, de lo mal que les iban las cosas. E incluso del accidente laboral que lo dejó con la mano derecha inútil, un parche en el lugar del ojo del mismo sitio, ni la más remota posibilidad de volver a tallar una joya en su puñetera vida, y una pensión de mala muerte a la edad de cuarenta y cinco años. Y lo podía haber culpado de la muerte de Paquirri si la hubiera venido en gana, porque a él le daba lo mismo. Agachaba la cabeza, y se dejaba machacar. Después de todo, no era tan mal partido para ella.

Aquella noche, el *pobre* Mora había dormido a pierna suelta. Como casi siempre. Como a él le gustaba decir, tenía la conciencia tranquila, y por eso descansaba como un niño pequeño. Gracias a Dios, hacía años que él y Maruja dormían en cuartos separados. La sola idea de tener un acercamiento sexual con aquella bruja le ponía la piel de gallina. Cuando se acostaba, la oía refunfuñar en su cuarto hasta altas horas de la madrugada. Estaba seguro de que algún día iba a pegar un reventón. Y él tenía que estar allí para verlo. Por eso se cuidaba con tanto esmero. No fumaba, no bebía, y se alimentaba lo más sano posible. Tarde o temprano la *arpía* iba a estirar la pata. Y entonces él iba a vender aquellos horribles muebles que olían a humedad. Con lo que le dieran, terminaría de pagar la deuda, metería muebles modernos de *IKEA* y, con su pensión y lo que le produjeran los tres pisos en alquiler, viviría como un rey. Y cuando pudiera, iba a ir vendiendo los pisos uno a uno. E iba a disfrutar hasta el último euro que le dieran por ellos. No habían tenido hijos —parece ser que lo de quedarse preñada sin hacerlo sólo le funcionó a la Virgen María, gracias a Dios—, así que no iba a dejar en herencia al estado ni un mísero euro.

Pero por lo pronto, la *arpía* seguía respirando de manera ruidosa al otro lado de la pared. De vez en cuando emitía un desquiciante ronquido agudo como el chillido de una rata. Y casi todas las noches soñaba. En voz alta. Era absolutamente insoportable.

Así que cuando se despertó sobresaltado, creyó que alguno de los gritos estridentes de ella había sido el culpable. Se quedó quieto, esperando la segunda parte de la pesadilla, pero no la hubo. De hecho, la respiración sonaba profunda, relajada. Se levantó a oscuras, maldiciendo en su mente —no se atrevía a hacerlo en voz baja, por si ella lo pillaba— la costumbre que tenía su mujer de esperar a que él estuviera dormido para entrar en su habitación y bajarle por completo la persiana. Lo hacía porque sabía que él odiaba dormir a oscuras. Había sopesado la posibilidad de encender la luz para ir hacia la ventana, pero la *bruja* tenía una habilidad especial para notar con los ojos cerrados,

mientras dormía, la mínima variación de luz en el ambiente. No le apetecía nada que entrase en su cuarto a darle un repaso en plena noche. La sola idea le daba arcadas. Así que arrastró los pies con mucho cuidado, y moviéndose con infinita paciencia fue levantando la persiana sin hacer nada de ruido. Mantuvo la respiración y cerró los ojos — el ojo, mejor dicho— con todas sus fuerzas hasta que el trabajo estuvo hecho. La persiana estaba arriba. Pero seguía oscuro. ¿Y si se había quedado ciego? Bueno, eso le permitiría al menos no tener que ver más a la *arpía*. Pero no estaba ciego. Estaba casi seguro. Intentó sacar la mano por la ventana, y entonces se dio cuenta de lo que pasaba. El terror profundo que le invadió no lo provocó la situación, sino el pensar en cómo se lo iba a tomar Maruja. Decidió que no sería él quien se lo dijera, así que con el mismo cuidado, bajó la persiana, volvió a la cama, y en unos minutos estaba de nuevo profundamente dormido.

DIA 1. 3º-B

Antonio fue uno de los primeros habitantes del edificio. A sus sesenta y tres años poco quedaba del atractivo que a mediados de los setenta le había convertido en uno de los rostros más conocidos de las noches de la costa. Pero sobre todo, había perdido su principal atractivo: su pequeña fortuna. Su adicción al juego y a las mujeres le costó, y además por este orden, el que su esposa lo abandonase, harta ya de tantas infidelidades, el que su fortuna se diluyese en noches locas de casino y partidas de póker, y por último, la casa. Antonio había sido propietario desde antes incluso de que se iniciase la construcción, del 4ºB, uno de los pisos que mejores vistas iban a tener cuando se construyesen los campos de golf. Cuando le llegó la orden de desahucio por impago de la hipoteca, Maruja vio el cielo abierto, y le alquiló la casa de enfrente suya, el 3ºB. Una forma más que aceptable de calmar sus ansias de grandeza, el tener a uno de los que habían pertenecido a la ya inalcanzable para ella alta sociedad bajo su poder.

Lo que Maruja no podía imaginar en la vida era que Antonio había seguido con su adicción al juego. Uno no puede quitarse así como así de algo que le corre por las venas. Por las de Antonio corría la ilusión de volver a recuperar su sitio. Vale, ya no era tan atractivo como antes, pero... ¿y qué? No le faltarían mujeres cuando llevase los bolsillos bien llenos.

Pero, como bien dice el refrán, *quien juega por necesidad pierde por obligación*, y eso es lo que le pasó a Antonio. Una vez más. Otro peldaño hacia abajo en el camino hacia la miseria. Pero esta vez, el tipo contra el que había perdido la partida de póker no se andaba con chiquitas. Tenía un ultimátum de veinticuatro horas para conseguir el dinero.

La idea en un principio le pareció arriesgada, pero no descabellada. Él pagaba a su casera seiscientos euros por el alquiler de la casa. Así que cuando por casualidad oyó al chico discutir en plena calle, y también por casualidad, pudo entender lo suficiente del precario español que hablaba, lo tuvo claro. Antonio convirtió su casa en un “piso patera”. Se lo realquiló al chico, y a otros once compatriotas suyos. Dormían en turnos, repartidos entre las camas, los sofás, y el suelo. Cada uno de ellos le pagó, sin recibos ni facturas de por medio como era de esperar, cien euros, lo que hizo un total de mil doscientos, a los que pudo sumar los seiscientos del alquiler que ya tenía preparados. Para cuando Maruja descubriera el pastel, él ya habría pagado la deuda, e incluso, si tenía una buena racha,

habría recuperado su dinero, y no volvería jamás a aparecer por aquella sucia madriguera con delirios de grandeza. Lo que Antonio no imaginaba era que, en vez de pagar su deuda, iba a jugar y perder de nuevo todo su dinero. Y que esta vez no iba a tener la oportunidad de idear una salida para recuperarlo. De hecho, sus restos ahora descansaban en el vertedero sirviendo de alimento a roedores y pájaros, y podría pasar mucho tiempo antes de que fueran descubiertos.

De esto hacía apenas un par de días, y hasta el momento, los inquilinos realquilados aún no habían sido descubiertos por Maruja, gracias sobre todo a que hacía tiempo que Antonio había dejado de ser de interés para ella, por lo que no corría a espiar por la mirilla cada vez que oía un portazo. Bastante tenía con aguantar al patético de su marido como para encima vigilar las idas y venidas del viejo de enfrente. Además, los turnos de trabajo —por llamar de alguna manera a la salvajada que tenían que soportar si querían ganar algo de dinero— hacían que los *nuevos inquilinos* salieran de la casa o volvieran a ella a horas intempestivas, de manera que nunca se cruzaban con nadie.

De este modo, Maruja seguía con su vida sin imaginar que, justo enfrente de su puerta, doce personas, inmigrantes llegados a España de forma ilegal, hacían lo posible y lo imposible por sobrevivir y se rotaban en turnos por ocupar una cama y descansar al menos un par de horas.

En el momento en que ocurrió todo, sólo tres personas se hallaban en el interior de la vivienda: Abdou ocupaba la cama del dormitorio principal, en la que Antonio había dormido tan sólo cuarenta y ocho horas antes las que iban a ser las últimas horas de sueño de su vida; Moussa dormitaba en el sofá cama de la habitación de invitados, cuyo nombre no era más que una anécdota, si tenemos en cuenta que nunca fue ocupada por nadie que pudiese llamarse invitado, ya que las conquistas de Antonio pasaban siempre desde la puerta de la calle hasta su dormitorio y desde su dormitorio hasta la puerta de la calle; y Modou dormía en el incómodo sofá de la salita en la que Antonio se tragaba horas y horas de programas de cotilleo, añorando los días en los que él era protagonista principal de las portadas, y deseando que llegara el momento en que alguna cabeza pensante de una cadena de televisión decidiera recuperarlo, aunque fuese a través de un montaje descarado.

El resto de sus compatriotas/realquilados estaba desperdigado por la geografía cercana, en sus trabajos de mala muerte, o tratando de acceder a uno de ellos a cambio de un mísero sueldo que al menos les permitiese pagar la casa compartida.

Al contrario que sus vecinos de edificio, ninguno de los tres se despertó sobresaltado, ni pudo comprobar lo que pasaba. De hecho, el agotamiento los haría dormir muchas horas, ya que nadie iba a regresar a casa a despertarlos para reclamar su turno en la cama.

DÍA 1. 4^o—A

Lorena y Marta eran conocidas por sus vecinos frikis del segundo A como las “lesbis”. Marta tenía 22 años y Lorena 21, y ni de lejos eran pareja. Ambas encajaban a la perfección en el perfil de lo que Jaime y Alfonso, sus vecinos del segundo, consideraban “objetivo preferente”, o lo que es lo mismo, entraban dentro del margen de edad comprendido entre los dieciocho y los cuarenta. Habían coincidido un par de veces en el ascensor, y nunca habían cruzado palabras más allá del saludo ocasional. Jaime intentó en una ocasión saltar la barrera del saludo y meterse en la clásica charla acerca de la meteorología y el calor que estaba haciendo ese año a pesar de las fechas en que estaban, pero en lo que tardó en decidirse a hablar, el ascensor ya había llegado a su piso. Así que, como ni Marta ni Lorena habían entrado al trapo de sus patéticos intentos de “*pre-ligoteo*”, habían sido honradas con el título oficial de “Lesbis”, premio de dudosa categoría que los hermanos regalaban a todas las chicas que no les hacían ni puñetero caso, lo cual sucedía bastante a menudo.

Marta era delgada, rozando el límite de lo saludable. Morena, con el pelo lacio y el flequillo cortado al *estilo palangana* (como Alfonso decía a su hermano cada vez que se cruzaba con ella) era la viva imagen de Emily Strange, el personaje de comic. Lorena, al contrario, estaba un poco por encima del peso que debía tener en comparación con su altura según las tablas que circulaban por Internet, y llevaba el pelo corto, con un *look* siempre despeinado, y teñido de colores imposibles que cambiaba un par de veces al mes. Unas gafas de gruesas monturas de plástico completaba el *pack* con el que se presentaba al mundo.

Dejando aparte los intentos de contacto de los chicos del segundo, ninguna de ellas dos se prodigaba demasiado en charlas con sus vecinos. Eran amigas y compartían piso desde que se independizaron, hacía ya tres años. A ambas las unía una afición que, casi sin darse cuenta, se había convertido en algo más. El sueño de las dos era ser escritoras. De historias de terror, para ser más exactos. Unos años atrás fundaron el blog “*Pasada la medianoche*” con la intención de publicar sus relatos cortos, y de un par de visitas semanales pasaron en unos meses a cientos, y en un poco más a las miles. En la actualidad, su blog es el más visitado del sector en todos los países de habla latina, y están planteándose el salto al idioma anglosajón. Así que, de lo que era una afición,

pasaron a un negocio. Los ingresos por publicidad en su blog les permitían, de momento, pagar el alquiler y vivir, no con demasiados lujos, pero sí sin tener que buscar un trabajo aparte del que a ambas les apasionaba.

La gran ocasión de sus vidas les llegó tan sólo unos meses atrás, cuando una gran editorial, consciente del éxito de su blog, les propuso la idea de enfrentarse a su primera novela. Las condiciones: tenían que escribirla entre las dos, y debía estar terminada en un plazo máximo de seis meses. La editorial no quería arriesgarse a que, si el plazo era demasiado largo, el blog por cualquier motivo dejara de tener éxito y perdiesen el tirón publicitario y mediático. Por lo pronto, aquello estaba muy lejos de suceder. Cuando las amigas filtraron a propósito en su blog la noticia del libro, las visitas se multiplicaron por diez en sólo unos días y el rumor se extendió por la red como un reguero de pólvora. Ya con el público a su favor, deseoso de poner sus ojos en las páginas de tan ansiado libro, sólo les quedaba un paso: empezar a escribirlo. Y ahí es donde comenzaron los problemas, porque ni siquiera lo habían empezado. De igual manera que las historias cortas fluían de forma natural desde sus mentes hasta las blancas páginas electrónicas de su blog, la que tenía que ser por obligación la HISTORIA con mayúsculas que les abriría las puertas del éxito literario se resistía a germinar en su fértil imaginación.

Así las cosas, y tras probar cientos de métodos, decidieron cortar por lo sano e intentar un cambio radical de aires: dejaron la comodidad del estudio que compartían en el centro de la ciudad por el aislamiento que les proporcionaba el tercer piso en propiedad de doña Maruja, del que se habían convertido en flamantes alquiladas.

De momento, y mientras la musa se decidía a parar por allí, las dos amigas ahogaban su falta de inspiración en su blog, que seguía viento en popa, con más éxito que nunca. Tan sólo un par de pisos más abajo, sus más fervientes seguidores, sus vecinos del segundo A, entrarían en éxtasis si supieran que *Hiedra* y *Phoebe*, sobrenombres con los que las dos amigas firmaban sus relatos, manejaban con maestría los hilos informáticos del blog en el que ellos se sumergían durante horas todos y cada uno de los días de la semana.

Lo primero que Lorena percibió cuando Marta la despertó a empujones fue su imagen borrosa. El mundo siempre se mostraba como visto a través de un cristal esmerilado hasta que sus inseparables gafas volvían a descansar sobre el puente de su nariz. Si a este hecho, además sumamos el que la acababan de arrancar de mala manera de los brazos de Morfeo, era bastante razonable que no se despertase con demasiado buen humor.

—Vale, vale... ¡ya estoy despierta! —protestó mientras tanteaba temblorosa la mesita de noche en busca de sus gafas. Por fin se las ajustó, y Marta recuperó la nitidez que le correspondía—. ¿Qué pasa?

—Tía, creo que tengo la idea inicial para el libro. Es terrorífica —respondió ésta, blanca como una pared recién encalada y temblando como una hoja—. Lo malo es que no tengo ni puñetera idea de cómo va a acabar...

—Bueno —suspiró Lorena dejándose caer sobre la almohada—, lo importante es el principio, ya vemos cómo ir desarrollándola... ¿y cuál es esa genial idea? —añadió con un sonoro bostezo que hizo casi incomprensible la frase.

—Esa —contestó apartándose del campo de visión de su amiga y señalando hacia la ventana. A Lorena se le cortó el bostezo en seco.

—Joder —atinó a murmurar en un tono apenas audible.

DÍA 1. 4^º-B

Michael, Lucio y Anna llevaban viviendo en el 4º-B poco más de un mes. Michael no había conseguido pegar ojo en toda la noche; vestido sólo con el pantalón del pijama de verano, se sentía como un náufrago entre las sábanas arremolinadas a su alrededor. Hasta entonces siempre se había considerado un tipo tranquilo, pero nunca había estado ante algo tan grande como aquello en lo que estaba metido. Su gran oportunidad. La que había estado esperando desde siempre. Se levantó de la cama, y las sábanas parecieron querer acompañarlo, seguir pegadas a él sin separarse de su cuerpo. Se colocó delante del espejo y se desperezó. A sus veintiocho años, se sabía en el mejor momento de su vida. Presumía de tener un cuerpo perfecto y de llevarse a las chicas de calle, y una vez más, se mostró complacido ante la imagen que le devolvía la superficie reflectante. Su pelo rubio ceniza, ensortijado, y sus ojos de un azul intenso no hacían más que subrayar un conjunto difícilmente mejorable.

Abrió la puerta de su cuarto, y se zambulló en la oscuridad del pasillo. Eran poco más de las siete de la mañana, la hora en la que los sonidos de sus convecinos comenzaban por regla general a borrar el silencio, pero aquel día era distinto. Había algo en el ambiente, una especie de electricidad estática, remarcada por la oscuridad reinante. La orientación del piso hacía que desde el preciso momento en el que el sol despuntaba, la luz llegase a todos y cada uno de los rincones de la casa, haciendo imposible que siguieran durmiendo. Lo aprendieron a las bravas la primera mañana que amanecieron en el edificio, y desde entonces, las persianas de todas las ventanas se bajaban a tope y se dejaba el aire acondicionado funcionando toda la noche.

Michael pulsó el interruptor de la pared y una luz tenue bañó el pasillo y de paso las puertas de las habitaciones de sus compañeros de piso. Se asomó al cuarto de Anna. Aquella chica lo tenía loco desde el mismo momento en que le puso la vista encima, y su imagen durmiendo en ropa interior no hizo más que ratificar ese sentimiento. Tenía el pelo largo y liso, moreno, recogido en una cola de caballo que se derramaba sobre el blanco de las sábanas dibujando un signo de interrogación. Dejó volar la imaginación mientras recorría su escultural figura con la vista.

—Deja algo para los demás, campeón —se oyó una voz a su espalda. Lucio se apoyaba sonriente contra el quicio de la puerta. A contraluz, era el arquetipo del italiano de las comedias de finales de los setenta. De poco más de 1'65 de estatura, con el pelo

moreno, rizado y una nariz típicamente italiana, en físico era justo el extremo contrario a Michael.

—Vamos fuera, espagueti —susurró él, girándose sobre sus talones con un extraño sentimiento escociéndole en el estómago. No quería que el italiano recorriese con sus ojos libidinosos el cuerpo de la chica. Algo un tanto curioso, si tenemos en cuenta que eso era exactamente lo que él mismo había estado haciendo unos segundos antes. Lucio levantó las manos y sonrió con un claro gesto de *no quiero problemas* y se dejó arrastrar fuera de la habitación, no sin antes dedicar un último vistazo al culo de la chica.

—Mmmm... ¿qué hora es? —preguntó Anna desperezándose. El encontrarse a los dos chicos en su habitación no pareció importarle lo más mínimo. Y el mostrarse ante ellos en ropa interior tampoco daba la impresión de ser lo que más le preocupase del mundo, hecho que dejó bastante claro al arrodillarse en la cama y tirar de la cinta de la persiana para subirla, ofreciéndole a ambos una hermosa vista de sus posaderas desde primera fila. Michael propinó un golpetazo en el hombro a Lucio, pero no fue suficiente para borrar la estúpida sonrisa que se le había dibujado en la cara.

—Maldita persiana —murmuró—. Siempre se atranca.

—Son las siete y *algo* —respondió Michael a la vez que agarraba la cinta de la persiana. Rozó su mano sin querer, y una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo, en especial una parte específica de él. Se concentró para que la cosa no fuese a más. Si en algo era especialista, era en mantener las cosas bajo control—. Déjame ayudarte —añadió, y aplicó a la cinta la presión necesaria para que la persiana, con un molesto quejido, se fuese enrollando sobre sí misma en el interior del tambor. Pero al contrario de lo que hubiese sido lo normal, la luz del sol no entró en tromba en la habitación bañándolo todo con su hiriente resplandor.

Todo siguió teñido de la más profunda oscuridad.

DÍA 1. ZONA COMUNITARIA. PRIMERAS HORAS.

Rocío se había incorporado de un salto, y estuvo llamando a su marido hasta casi quedarse sin voz. Estaba asustada, más de lo que recordaba haber estado nunca en su vida. La ventana, por la que en condiciones normales deberían entrar las primeras luces de la mañana, se mostraba oscura como la entrada de una cueva. Sus hijos no habían reaccionado a sus gritos, aunque eso no era nada reseñable: conseguir que se despertasen para ir al colegio era toda una odisea con la que tenía que lidiar a diario. Pero el que Ramón no estuviese a su lado, y lo que era aún peor, que su parte de la cama estuviese fría como si él no hubiese estado acostado allí desde hacía horas, eso era harina de otro costal. Sólo podía significar que algo iba mal. Muy, muy mal.

Trató de calmar el ritmo de los latidos de su corazón. No sabía por qué, pero tenía el extraño presentimiento de que se encontraba en uno de esos momentos que definen el resto de tu vida: había un *antes*, en el que su mundo estaba dentro de los límites de la normalidad. No era perfecto, de acuerdo, pero era normal. Sin embargo, si bajaba de la cama, y salía a buscar a su marido, si cruzaba la línea imaginaria que separaba el *antes* del *después*, todo cambiaría. Ya fuese en forma de Ramón muerto por un infarto en el cuarto de baño, o por una nota de despedida tipo *ahí te quedas con los niños, me voy a disfrutar de la vida con mi amante*.

A pesar del miedo, quedarse en la cama no era una opción razonable. Quizá estaba sacando las cosas de quicio. Estaba todo oscuro, pero puede que su reloj fisiológico, ese que hacía que se despertase cada mañana a la hora precisa sin tener que poner ninguna alarma, y que le avisaba y mantenía informada en cada momento de la hora con una precisión asombrosa, estuviese fallando. Cosas más raras se habían visto. Se giró sobre sí misma e invadió la parte de la cama de su marido. *La parte de la cama que estaba fría, porque algo había pasado, eso era así, por muchas vueltas que le diese*. Estiró el brazo y cogió el reloj digital. La pantalla estaba tan oscura como el resto de la habitación. Siguió el cable con la mano, hasta llegar a la pared. Estaba enchufado. Una nueva oleada de terror le golpeó en la boca del estómago. No había electricidad. Estaba tirada en la cama, en medio de la noche, sin saber la hora que era, sin Ramón... y sin electricidad. Golpeó el

interruptor que había en la pared junto al enchufe, y la luz explotó, inesperada, ante sus pupilas dilatadas con una intensidad casi dolorosa.

—¡Joder! —exclamó mientras se echaba las manos a la cara para protegerse. Tras unos segundos en los que su corazón exploró nuevos límites de agitación, pudo entornar los ojos y mirar hacia la mesilla. El despertador estaba definitivamente fuera de juego, con la pantalla mirándola inexpresiva con la vista en blanco. Lo dejó caer desganada y entonces reparó en el reloj de pulsera, el reloj de manecillas que era la última prenda de la que su marido se desprendía antes de dormir, y que se mostraba como una tabla de cordura a la que agarrarse en medio de todo aquel sinsentido. Lo cogió y lo sostuvo en su campo de visión. Las tres de la mañana. Eso lo explicaba todo. *Casi todo*. Por eso no había luz, por eso había tanto silencio, por eso hacía calor, por eso Ramón no podía dormir, por eso se había levantado a beber agua, por eso se había sentado delante de la tele, sin sonido, a esperar a que el sueño llegase de nuevo, por eso...

El segundero. La aguja que recorría incansable la esfera, una vuelta completa en sesenta segundos, estaba parada a la altura del quince. *El tiempo se ha parado* —dijo en voz alta, y se sobresaltó al oír el sonido de su propia voz. Esta vez el pánico no llegó de forma gradual, impactó contra ella con tanta violencia como un tsunami, arrasando las defensas de cordura que se había autoimpuesto y haciendo que se levantase de la cama como impulsada por un resorte, con el cuerpo temblándole de forma violenta e incontrolada.

En dos zancadas rodeó la cama y saltó al pasillo. Si su principal preocupación no hubiese sido encontrar a su marido, cabía la posibilidad de que se hubiera detenido a mirar por la ventana, y entonces sí que hubiese conocido el terror en su forma más descarnada. Pero por suerte para ella, no lo hizo. Corrió hacia el cuarto de baño, donde en su peor pesadilla Ramón la esperaba con un extraño rictus en el rostro y una mirada de reproche en sus ojos muertos mientras se agarraba el pecho en un último gesto inútil, desplomado sobre la taza del váter. Por fortuna, el cuarto de baño estaba vacío. Tan vacío como el salón, la cocina, y el resto de habitaciones de la casa, que fue examinando de forma exhaustiva en busca de alguna pista. De repente, una tranquilizadora idea anidó en su cabeza: los niños.

¿Y si se había llevado a los niños?

Ramón pasó de ser la víctima al villano de la historia en cuestión de segundos. Más

que correr, voló hacia el cuarto de su hijo, y encendió la luz con el corazón en la boca. Su hijo Andrés estaba allí. Se había dormido sobre un comic, y parte de la tinta impresa había formado un extraño tatuaje difuminado sobre su moflete. Cogió el cómic y lo dejó sobre la mesilla de noche. Aunque el cuarto ofrecía una infinidad de posibles escondites entre tanta ropa, tebeos y juguetes apilados, su marido no estaba allí. Apagó la luz y se dirigió al cuarto de Nuria. La diferencia de orden entre ambos dormitorios era tan evidente como la que hay entre ambos sexos, y sintió una oleada de alivio al ver a su hija respirando plácidamente en su cama. Tampoco había rastro alguno de Ramón.

—Se ha ido de casa —murmuró Rocío a la vez que tomaba rumbo hacia la puerta. La llave de su esposo estaba allí, dentro de la cerradura, como a él le gustaba dejarla para asegurarse de que estaban a salvo. Comprobó que la cerradura estaba echada, con dos vueltas. Era imposible que su marido hubiese salido de casa, porque alguien tenía que haber girado la llave desde dentro tras salir él. Ramón dejó una vez más el estatus de villano para recuperar el de víctima. Frenética, Rocío volvió a revisar palmo a palmo la casa, mirando bajo las camas, dentro de los muebles en los que él, por algún motivo desconocido podía haberse escondido, solo para descubrir una vez más que se lo había tragado la tierra. No podía haber salido por la puerta, así que no tenía más remedio que estar en la casa, a menos que... a menos que...

—¡La ventana! —gritó. A pesar de vivir en el primer piso, la altura desde la ventana hasta la calle era bastante importante, lo suficiente como para que una persona de la edad de Ramón no fuese capaz de superarla sin acabar con algún hueso roto, o algo peor. ¿Había saltado su marido por la ventana? No quedaba otra opción, pero... ¿por qué? ¿Con qué fin?

Rocío corrió a grandes zancadas con la intención de asomarse a la ventana, y entonces lo vio. Al principio, su cerebro no fue capaz de procesar la información de lo que estaban captando sus ojos, e intentó asociar la imagen a algo conocido, a algo a lo que estuviese acostumbrada, que entrase dentro de los límites de la normalidad, sin conseguirlo. El hueco de la ventana estaba ocupado por una especie de gelatina grisácea, de un color difícil de describir, pero en definitiva desagradable. Era como si alguien, desde el exterior, hubiese aplastado hacia adentro un colchón inmenso para intentar introducirlo por la ventana, aún a sabiendas de que no iba a conseguirlo.

Se acercó e inspeccionó con asombro los márgenes de la ventana. La sustancia no parecía tener fin, no dejaba ni un mínimo resquicio por el que pudiera entrar aire o luz

desde el exterior, ni por supuesto salir nada desde el dentro. Acercó la nariz con cuidado, y olisqueó, pero aquello, fuera lo que fuese, no despedía ningún olor reconocible, ni agradable ni desagradable. Se armó de valor y, muy despacio, colocó el índice sobre la superficie e hizo un poco de presión. Su dedo se introdujo hasta el nudillo sin esfuerzo alguno. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, en su mente se dibujó la espantosa imagen de aquella masa extraña devorando su carne entre insoportables punzadas de dolor, y retiró el dedo con un respingo. Comprobó con alivio que estaba en perfecto estado, aunque tenía una sensación extraña, como una mezcla entre humedad y frío alternándose en oleadas con calor, algo parecido a lo que sentía cuando se aplicaba el spray para los golpes de su hijo al hacerse una torcedura. El agujero que había quedado en la sustancia se fue haciendo poco a poco más pequeño hasta que desapareció por completo. Y entonces el terror se hizo dueño de sus actos. Corrió hacia su cuarto, y comprobó que aquella cosa también estaba allí. En todas las ventanas que daban al exterior. Lo mismo sucedía en las que daban al patio del interior. Había sellado todas y cada una de las ventanas de la casa. Con una creciente sensación de claustrofobia, despertó a sus hijos de un tirón, con tanta violencia que se bajaron de la cama de un salto. Sin hacer caso alguno a sus preguntas y protestas, los arrastró hacia la puerta de la calle, giró la llave las dos vueltas en la cerradura, y abrió de golpe. El repugnante olor que brotaba de la puerta de enfrente del rellano, de la casa de *las viejas del arca de Noé* como las llamaban sus hijos le pareció la misma gloria, porque significaba que al menos la masa gelatinosa no había llegado hasta allí.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó fastidiado Andrés, con el pelo ensortijado y los colores del cómic dibujados en su rostro—. Si aún es de noche... ¿por qué hay que salir de casa?

El final de la pregunta apenas fue audible porque su hermana lo apartó de un empujón, señalando hacia la ventana que daba al patio interior y que, en condiciones normales, permitía que la claridad llegase al rellano de la escalera.

—¡Mira! ¿Qué asco es eso? —soltó Nuria corriendo hacia la desagradable materia que casi rebosaba hacia el interior del edificio.

—¡No lo toques! —gritó Rocío apartando a su hija de un tirón antes de que se acercase a aquello más de lo recomendable. Sentía el pánico empujándole desde la boca del estómago hacia afuera, amenazando con hacerla vomitar lo poco que había cenado la noche anterior. Fuera lo que fuese aquella extraña sustancia, no sólo había sellado sus

ventanas... había bañado el edificio. Imaginó una inmensa manga pastelera rellena de esa especie de silicona grisácea vaciándose en el patio interior y llenándolo de su extraño contenido... ¿Cuántos miles de litros de aquella cosa serían necesarios para llenar el hueco del patio? Calculando a ojo, el rectángulo interior podía medir unos cuatro metros de ancho por seis de largo. Eso multiplicado por las cuatro plantas de altura, daba una cantidad astronómica. Sintió un leve mareo que la hizo trastabillar.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó su hijo con la preocupación dibujada en rostro. Rocío le hizo un gesto con la mano que intentó ser tranquilizador, pero que distó mucho de conseguirlo.

Y de repente llegó el *terror definitivo*. ¿Qué pasaba con el resto del mundo? Con mucho esfuerzo, podía llegar a imaginar aquella inmensa *manga pastelera* rellenoando el hueco del patio, pero... ¿y lo demás? Las ventanas que daban a la calle también rebosaban de aquel extraño material... ¿quería eso decir entonces que el mundo *entero* estaba cubierto de aquella cosa? Eso ya fue demasiado... una arcada la dobló sobre sí misma y su estómago vació todo su contenido de forma estruendosa sobre el suelo del pasillo.

—¡*Puagh!* Eso sí que da verdadero asco —dijo la niña

—¡Cállate imbécil! —le recriminó su hermano—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí... no te preocupes —contestó Rocío escupiendo los restos de vómito y limpiándose los labios en una servilleta de papel, accesorio que nunca faltaba en sus bolsillos por muy surrealista que fuese la situación. Reprimió el impulso de entrar a por una fregona para limpiar el desaguisado: ya lo haría más adelante, cuando se asegurase de que el mundo estaba en orden y que aquello era alguna estúpida broma con quién sabe qué absurdo fin. Comprobó que llevaba las llaves en el bolsillo, y cerró dando un sonoro portazo. Luego agarró a la niña de la mano, y se dirigió escaleras abajo.

—¡Vamos fuera! ¡Ya! —ordenó.

—¡Espera mamá! —suplicó su hijo desde el peldaño superior—. ¿Y papá? ¿Por qué no viene?

—Está en el trabajo. No te preocupes, estará bien.

Se sorprendió de la facilidad con la que aquella mentira le había salido de dentro. No

tenía ni puñetera idea de dónde estaba su marido, y mucho menos aún de si se encontraba bien. Por eso mismo, siguió bajando sin girarse a mirar a su hijo. Si no cortaba la conversación en aquél preciso momento, corría el riesgo de derrumbarse. Un riesgo que no podía asumir.

Al menos hasta que estuviesen fuera de aquella cárcel viscosa.

De un vistazo, Rocío reconoció a los dos hermanos del segundo A (los *frikis* del piso de encima suyo, como ella los llamaba), a Raúl, el marido de Julia, del segundo B, con el hijo de ella, y a la insoportable Maruja con el santo de su marido... tercero A, recordó tras un breve lapsus. Bastante más *quorum* del que recordaba haber visto en las escasas reuniones de vecinos que se solían convocar sólo en casos de extrema emergencia, entendiéndose como tales las derramas que, por obligación y muy de vez en cuando, no había más remedio que celebrar para ir parcheando desperfectos y evitar que el edificio se derrumbase sobre sí mismo.

La llegada de Rocío con los niños no tuvo una calurosa acogida. Los hermanos *frikis* se miraron y, en un código solo reservado a personas con un grado de afinidad imposible de conseguir a menos que les corra la misma sangre por las venas, parecieron decirse muchas cosas con un simple par de miradas y gestos estudiados. A Rocío le pareció que podían meterse sus miraditas y sus gestos por donde nunca da el sol. El marido de Julia la saludo con un tímido gesto, y Maruja le dedicó uno de sus típicos mohines. Estaba claro que no la tragaba por el simple hecho de que no era uno de sus alquilados, lo que equivalía a no tener poder alguno sobre ella.

—¿Qué... qué está pasando? —dijo Rocío, y sonó a súplica más que a pregunta. Un gemido se ahogó en su garganta cuando miró a la puerta del edificio. La masa grisácea se aplastaba contra los cristales sin dejar el más mínimo resquicio.

—Es esa cosa —respondió Raúl señalando hacia la puerta mientras miraba al hijo de su mujer, quien desde la pelea que habían tenido en el piso, no había vuelto a dirigirle la palabra, y se mantenía con la mandíbula apretada sin levantar la vista del suelo—. Está por todas partes. Y mi mujer... mi mujer ha desaparecido, no sé dónde...

Rocío le hizo un gesto disimulado que cortó en seco la frase de su vecino.

—Chicos, subid a casa y esperadme allí —ordenó, mientras ofrecía el manojito de

llaves a su hijo.

—Jo mamá —comenzó a protestar éste, pero algo que nunca antes había visto en la mirada de su madre lo hizo desistir de su empeño.

—Vamos, pesada —le dijo a Nuria, cogiendo las llaves con desgana, y ambos se dirigieron hacia las escaleras. Su madre esperó a escuchar el portazo para retomar la conversación.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Alguien tiene una idea de qué va todo esto? —preguntó una vez se hubo asegurado de que sus hijos ya no podían escuchar la conversación. Si no hubiese estado tan asustada, incluso podría haber llegado a alegrarse de que por fin estuviera pasando algo que la sacara de su implacable rutina.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? Pues que estamos aquí encerrados, hija... ¿no tienes ojos en la cara? —soltó Maruja con su voz estridente. Su marido abrió la boca para decir algo, pero sopesó las posibles consecuencias y tal como la abrió, la cerró de nuevo. El efecto óptico fue el de un pez que boqueaba fuera del agua, asfixiándose. Nadie, excepto él mismo, sabía cuán cerca de la realidad que vivía a diario estaba esa afirmación. Rocío obvió la contestación fuera de tono y miró hacia la única persona de las presentes que consideraba con la edad y la capacidad de raciocinio suficiente como para darle una respuesta con coherencia: Raúl, el marido de Julia y padrastro de Albert. Sin embargo, la respuesta vino de Jaime, uno de sus odiados vecinos *frikis*.

—Son ellos. Llevan años observándonos, y por fin han decidido mover ficha —dijo, mientras se ajustaba la gomilla alrededor del pelo, asegurando la cola de caballo. Su hermano lo miró sorprendido.

—No jodas. ¿Estás seguro? —le preguntó.

—¿De qué coño estáis hablando? —cortó Albert, el hijo de Julia, ante la mirada sorprendida de Rocío.

—Ellos. Los extraterrestres —insistió el *friki* de pelo largo.

—Vamos hombre —le cortó Albert, con un gesto de desprecio—. Seamos serios.

—¿Ah, no? —Alfonso salió en defensa de Jaime. Viéndolos juntos, se hacía bastante difícil creer que fuesen hermanos—. Dime tú entonces qué está pasando, listo.

—No tengo ni idea. Estamos aislados. No sólo físicamente, tampoco nos llega ninguna señal de televisión, radio, internet o teléfono. Lo he probado todo.

—Más a mi favor, entonces —insistió Jaime.

—Los *extratemierdas*— cortó Maruja, fiel a su estilo—. No sé qué está pasando, pero ya vendrán a sacarnos de aquí. Esto tiene que tener alguna explicación. Ya nos enteraremos.

—¿Y qué ha pasado con *los que no están*? —la frase le sonó a Rocío de una forma horrorosa, pero no se le ocurrió otra forma de decirlo—. Mi marido ha... desaparecido... no ha salido a trabajar, la puerta estaba cerrada por dentro, pero él no estaba. Es como si... como si alguien, o algo, lo hubiera sacado de casa. Por... ¿por alguna de las ventanas? ¿Y si... y si cuando cayó eso, sea lo que sea, él estaba asomado? —inspiró profundamente, tratando de controlar los nervios, pero las manos le temblaban de forma descontrolada—. ¿Y Julia? ¿Qué ha pasado con Julia?

—¡No tengo ni idea! —contestó Raúl—. Cuando desperté... cuando me despertó Albert, ya no estaba... hemos buscado en cada rincón de la casa, pero... ha desaparecido sin dejar rastro...

—¿Ella no salía de casa por la noche? Quiero decir... ¿no trabajaba? ¿Solía dar paseos nocturnos? Puede que... lo que quiera que sea esto, la haya pillado en la calle y no pueda...— comenzó a decir Rocío, pero el gesto de Raúl la disuadió de seguir por aquel camino. Estaba claro que Julia no tenía costumbre de pasearse por ahí una vez que caía la noche.

—Intentar hacer de adivinos no nos va a conducir a ninguna parte... Deberíamos centrar todos nuestros esfuerzos en buscar una manera de salir de aquí.

Rocío se giró sobresaltada. Nunca antes había visto a las tres personas que bajaban el último tramo de escaleras: un chico rubio de ojos azules muy apuesto, otro moreno, bajito, de aspecto inquietante, y una chica también morena de piernas interminables que parecía extraída de las páginas de alguna revista para hombres. Le recordó a ese personaje de videojuegos que cubría la pared del cuarto de su hijo... ¿*Sara Krof*? No estaba segura, pero sonaba parecido.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Rocío. Los frikis no le quitaban ojo de encima a la chica. Le sorprendió descubrir que Raúl hacía lo mismo, pero de forma más

disimulada, no al estilo *soy-un-salido-sin-remedio* de los hermanos.

—Yo soy Michael, él es *Espag*...eh, Lucio, y ella es Anna. Estamos alquilados en el cuatro B desde hace unas semanas.

Maruja los recibió con recelo. Sabía que el banco había vendido el antiguo piso de Antonio, pero no que el nuevo propietario lo hubiese alquilado. Ella quería ver a más gente que estuviese bajo su influjo, quería más poder. Era un pensamiento absurdo para cualquiera con dos dedos de frente, pero tenía toda la lógica en el mundo de fantasía de Maruja, que en ese momento contaba con su bufón, o dicho de otro modo, su marido el *pobre* Mora, y con sólo dos súbditos: los hermanos. En cuanto bajasen Antonio y las dos niñas, tendría a toda su corte a su disposición. Y dependiendo de cómo respondiesen en aquella situación extraña, iban a seguir siendo sus alquilados cuando todo volviese a la normalidad o se iban a ver en la puta calle.

Por supuesto, ella se iba a encargar a la mínima ocasión de que estuviesen bien informados de lo que les esperaba si no la apoyaban.

DIA 1. ZONA COMUNITARIA. PASANDO LISTA.

Lorena y Marta habían permanecido encerradas en su piso desde que descubrieron que todas las ventanas de la casa estaban taponadas por aquella cosa gris de aspecto esponjoso. Habían discutido si la opción de abrir una ventana para investigar podía revestir algún peligro, y de hecho incluso manejaron la posibilidad de hurgar en aquella cosa con el palo de la escoba, pero al final, tras comprobar que no había manera de contactar con nadie por teléfono ni a través de Internet para pedir ayuda, optaron por la salida del conejo que es sorprendido en la carretera por el coche con los faros encendidos: se quedaron allí, inmóviles, encerradas en su piso con una falsa sensación de seguridad, esperando a ver lo que pasaba. Y lo que pasó es que, más o menos un par de horas después del extraño descubrimiento, alguien estaba llamando con insistencia a la puerta de la calle desde hacía algunos segundos.

—¿Qué hacemos, Marta? —preguntó Lorena ajustándose las gafas nerviosa. El sudor hacía que resbalasen por el puente de su nariz con una insistencia desesperante.

Marta, a su vez, trataba de aplacar el miedo girando su pelo largo en una cola de caballo inexistente, como si estuviese estrujando una fregona, una y otra vez, en un ciclo cerrado del que no parecía que pudiese escapar por sí misma.

—Debería ir a mirar —dijo en un hilo de voz.

—No sé —balbuceó Lorena, encogiéndose sobre sí misma al volver a oír el timbre. Su amiga se armó de valor y se dirigió hacia la puerta de la casa, con paso inseguro, y ella no se planteó ni por un momento quedarse sola en la habitación. De un salto, se bajó de la cama y se colocó a un palmo de su amiga. Marta abrió la tapa de la mirilla, dubitativa, y acercó el ojo. Por su mente de escritora pasaron un millón de posibilidades, a cual más terrorífica, pero nada la había preparado para lo que vio.

—Es un macizo rubio —susurró.

—¿Cómo? —preguntó Lorena, apartándola para comprobarlo por sí misma. Michael ocupaba todo el ángulo abarcable desde la mirilla, con su sonrisa irresistible.

—Es verdad... ¿qué hacemos?

—Pon la cadena y abre...

La puerta se entreabrió todo lo que permitía la cadena. A través de la rendija, las amigas comprobaron que al chico rubio lo acompañaban un tío cuyo aspecto se encontraba en el extremo opuesto al del primero, moreno, bajito y con un algo desagradable, difícil de precisar; una mujer impresionante, y por último los dos chicos que vivían en uno de los pisos de abajo, con los que se habían cruzado en el ascensor en un par de ocasiones.

—Hola. Mi nombre es Michael, y ellos son Lucio y Anna. Los otros dos chicos son... —hizo una pausa para permitirles presentarse, quizás porque no recordaba sus nombres, y los dos hermanos aprovecharon la ocasión tras unos segundos de incómodo silencio.

—*Ehhh...* yo soy Alfonso —reaccionó el menos agraciado de los dos— y él es mi hermano Jaime.

—Hola —añadió éste, acompañándose con un tímido movimiento de saludo con la mano. Al ver a Marta sintió un vuelco en el estómago.

—A vosotros os conozco de vista —dijo la causante de tal sensación—. Pero a ellos es la primera vez que los veo— añadió con desconfianza.

—Somos los inquilinos del cuarto B, vuestros vecinos de enfrente —dijo Michael—. Llevamos poco tiempo alquilados, supongo que por eso no hemos coincidido antes. Sí que es curioso, que teniendo una puerta enfrente de la otra no nos hayamos visto entrar o salir...

A Marta la frase le sonó a reproche. Aunque no tenía la necesidad de hacerlo, se defendió.

—Trabajamos todo el día en el ordenador. Apenas tenemos tiempo para asomarnos a la calle. ¿Qué está pasando aquí? —preguntó, haciendo un gesto circular en horizontal con el dedo, señalando el entorno.

—Imagino que habéis visto la cosa gris, ¿verdad? —preguntó Michael.

—¿Qué demonios es? —respondió a su vez Marta con otra pregunta.

—Extraterrestres —cortó Alfonso. La mirada de Michael hizo que desistiera de contar su teoría al completo.

—Ya... extraterrestres —dijo Lorena con retintín desde la seguridad del otro lado de la cadena. En realidad, esa era una de las opciones que estaba barajando, aunque nunca lo iba a reconocer en voz alta.

—Si queréis que os diga la verdad, no tenemos mucha idea, por no decir ninguna, de a qué nos estamos enfrentando. Pero sea lo que sea, creo que será mejor que lo hagamos juntos —dijo Anna—. Los vecinos nos estamos reuniendo abajo, hemos subido a llamar a las puertas de los que no han aparecido... entre otras cosas para comprobar que están bien.

La forma en que lo dijo encendió una lucecita roja en la cabeza de Marta.

—¿Por qué dices eso? ¿Ha pasado algo a alguno de los vecinos?

—Bueno... no podemos asegurarlo, pero hay al menos dos personas que han desaparecido sin dejar rastro...

—El padre de la familia del primero A, y la madre de la del segundo B, que sepamos hasta ahora —añadió Jaime sin dejarla acabar—. Pero bueno, vemos que vosotras estáis bien—. Sintió como enrojecía hasta las orejas sin poderlo evitar, así que se soltó la cola de caballo y dejó que el pelo le ocultase buena parte de la cara. Era un mecanismo de defensa que utilizaba de forma subconsciente bastante a menudo.

Lorena y Marta se miraron por un momento, y luego quitaron la cadena.

—Está bien... de momento estamos con vosotros, al menos hasta que sepamos a qué nos enfrentamos.

De ese modo, el grupo de cinco pasó a ser de siete, y comenzaron el descenso por la escalera. Maruja les había dicho a qué puertas tenían que llamar, que no eran otras que las del tercero B, en la que, sin que nadie en el edificio lo supiese, seguían recuperando las horas de descanso perdidas Modou, Moussa y Abdou, soñando con las familias que dejaron atrás al emigrar hacia España, y el primero B, hogar de las hermanas del *Arca de Noé*, como las llamaban los hijos de Rocío. Con los habitantes de ambos pisos, ya estaría hecho el recuento de todo el edificio. Sólo entonces podrían ponerse a buscar respuestas, o quizás se encontraran con ellas cuando menos lo esperasen.

—Te mola la morena del pelo largo, ¿verdad? —dijo Alfonso a su hermano al oído. Los dos habían pasado a la cola de la comitiva, que estaba encabezada por los tres

compañeros de piso, mientras que las chicas se habían colocado en el centro e iban preguntándoles todo lo que se les pasaba por la cabeza acerca de la sustancia gris, sin obtener ninguna respuesta coherente.

—Calla gilipollas, que te van a oír —protestó Jaime.

—La verdad es que Marta está muy buena, no te lo voy a negar, pero me gusta más la amiguita del rubio.

—Sigue soñando, capullo. Esa está fuera de tu liga.

—Y Martita de la tuya, mamón.

Alfonso soltó un bufido de risa contenida, a lo que Jaime le contestó con un puñetazo en el brazo. Marta y Lorena se giraron con una mirada de reproche.

—Chicos, ¿os han dejado salir de la guardería sin permiso? —dijo Lorena—. Ya os vale...

Alfonso le hizo burla con la lengua de forma ostentosa, y Jaime enrojeció de nuevo. Lorena se volvió con resignación, y levantó el dedo corazón de su mano derecha en un gesto que no dejaba lugar a dudas.

—Eh, la gordita tiene carácter... eso me gusta —susurró de nuevo Alfonso al oído de su hermano.

—¡Cállate ya, saco de hormonas! —respondió éste, justo cuando llegaban a la altura de la puerta a la que tenían que llamar.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Michael.

—Nos queda el *IMSERO* —respondió Alfonso, cada vez más a gusto en su papel de *tocapelotas*—. Aquí vive un viejo, y en la puerta que nos falta en el primero, unas cuantas más. En cuanto los saquemos podemos empezar con la fiesta.

—Me gusta el chaval, tiene su gracia —dijo Lucio, con una sonrisa de oreja a oreja, gesto que fue respondido por Alfonso llevándose la mano al ala de un sombrero imaginario, a modo de agradecimiento.

—Sí, la misma que tienes tú —le soltó Michael mientras aplastaba con insistencia el timbre de la puerta—. Espero que esto no dure tanto como para que hagáis buenas migas, o conseguiréis que nos zambullamos en esa mierda gris con tal de no escucharos.

El sonido de unos pasos apresurados al otro lado de la puerta cortó en seco la conversación.

—Sí que está ágil el vejete —soltó Lucio. Unos segundos después, la puerta se abrió de golpe, dejando al grupo cara a cara con el sorprendido Abdou, un inmenso negro de más de dos metros de alto con aspecto de haber escapado de un combate de la WWE, en camiseta de tirantes y gayumbos, que esperaba encontrarse con sus compañeros de piso que venían buscando el relevo para descansar. Abdou abrió mucho los ojos y soltó una frase ininteligible que sonó a una especie de dialecto del francés. Luego, cerró la puerta de golpe.

—¿Qué coño ha sido ese galimatías? —preguntó Anna. Michael respondió encogiéndose de hombros, y pulsando de nuevo el timbre...

—¿Quién se supone que era ese? —preguntó Jaime.

—El abuelete no, eso seguro —añadió su hermano, y justo en ese momento, la puerta se abrió de nuevo. El negro inmenso los miraba con la misma cara de sorpresa, y estaba acompañado en esta ocasión por otros dos, que estaban situados por delante de él. El primero de ellos llevaba una camiseta azul con la imagen de Julio Iglesias vestido de Darth Vader y la leyenda “*Yo soy tu padre*”. Aunque no era tan grande como su compañero, superaba los uno ochenta de altura. El último, al contrario, era delgado en extremo, mucho más bajo, y el hecho de moverse encorvado acrecentaba la impresión. El de la camiseta habló con un español con poquísimos acentos.

—¿Quiénes son ustedes?

—Bueno, a lo mejor esa pregunta deberíamos hacértela nosotros —saltó el italiano—. ¿Dónde está el viejo?

El negro inmenso lanzó una parrafada con tono interrogativo al de la camiseta, que sonó como una ráfaga de metralleta. El de la camiseta respondió con tono conciliador, moviendo las manos de arriba abajo en un gesto universal que pedía calma. No pareció surtir efecto, en especial al que caminaba encorvado, que se lanzó a un interminable galimatías acompañado por grandes aspavientos. La voz se le entrecortó en un par de ocasiones, y tuvo que detenerse a coger aire. El grupo los miraba sin salir de su asombro.

—Mi nombre es Moussa. El grande es Abdou y él es Modou. El señor Antonio nos ha alquilado la casa por un mes a nosotros y a nuestros compañeros —dijo vocalizando, con

evidente esfuerzo. Sin embargo, se le entendió a la perfección.

—¿Compañeros? ¿Cuántos estáis viviendo ahí? —preguntó Michael. Una nueva ráfaga de frases en su extraño dialecto precedió a la respuesta.

—Doce en total. Pero nunca estamos al mismo tiempo, nos turnamos —dijo Moussa, como si eso fuese una disculpa, y como si él fuese el culpable de que Antonio se hubiese aprovechado de su necesidad.

—Olé por el abuelete —soltó Alfonso—. ¡Qué *crack*!

—Bueno, eso ahora es igual. Lo importante es que nos reunamos todos abajo —añadió Michael. Moussa lo miró con gesto de no entender nada. Michael escudriñó el interior de la casa por encima del hombro del grandullón, y lo comprendió todo. Tenían las persianas bajadas, y por eso no se habían dado cuenta de lo que estaba pasando.

—Vamos a ver, lo primero que te voy a pedir es que no te asustes, pero sube las persianas, y ahora seguimos hablando.

Moussa se le quedó mirando, como si dudase de haber entendido bien lo que le habían dicho. Tras unos instantes, dijo algo a sus dos compañeros, y estos salieron disparados hacia el interior. Pasaron unos segundos de silencio, que fue roto por el sonido de las persianas al subir, y por los gritos histéricos de los dos hombres. Moussa miró al grupo con los ojos muy abiertos, y luego corrió hacia el interior de la casa.

Cuando los tres volvieron a la puerta, estaban tan temblorosos y asustados que la gente del grupo casi no pudieron entenderlo cuando preguntó:

—¿Q... qué es esa cosa de las ventanas?

DÍA 1. ZONA COMUNITARIA. LAS VIEJAS DEL ARCA DE NOÉ.

El grupo, que era cada vez más numeroso, siguió descendiendo las escaleras hasta llegar al primer piso. Por el camino habían intentado explicarle a Moussa lo que estaba pasando, si es que había algo que se pudiera explicar teniendo en cuenta que estaban todos en el mismo punto de partida. Moussa no paraba de hablar con sus compañeros, que mostraban un terror casi reverencial a la masa que pugnaba por entrar a través de cada una de las ventanas de los rellanos que cruzaban conforme iban descendiendo. Cada vez que tenían que pasar cerca de una de las ventanas se detenían, y se lo pensaban un millón de veces antes de cruzar a toda velocidad, como alma que lleva el diablo, con la cara descompuesta y sudando a mares. Moussa había preguntado varias veces por sus compañeros que estaban fuera, pero poco podían decirle a ese respecto. Michael le comentó que al menos dos vecinos habían desaparecido sin dejar rastro, pero que no parecía que estuviesen en la calle en ese momento.

En definitiva, aunque estaban algo menos asustados que ellos, se encontraban igual de perdidos. Aquello los había pillado de sorpresa, y aunque no sabían cuándo había empezado, sí tenían claro que llevaban ya cerca de tres horas dando bandazos en el interior del edificio sin que, al menos de momento, tuviesen noticia del exterior.

Al otro lado de la puerta del primero B, Eugenia y Rogelia se encontraban tan desconcertadas como el resto de sus vecinos. Sin embargo, Eugenia tenía una idea bastante clara de qué era lo que estaba pasando. Llevaba horas recorriendo la casa sin rumbo definido, arrastrando su *pierna mala* por encima de montones de cajas desmontadas y cartones de leche y zumo vacíos con fechas de caducidad de varios años atrás. El loro azul que aleteaba intentando mantener el equilibrio sobre su hombro, y la cara de mala leche que ella llevaba hacían que solo le faltase una barba poblada para ser una imitación perfecta de un capitán pirata. Sin embargo, su aspecto físico recordaba más a Popeye el marino, por sus ojos casi cerrados, y su barbilla prominente, con la parte inferior de la mandíbula siempre más adelantada que la superior por la falta de piezas dentales.

—¡Esos *cabrone*! ¡Ya sabía yo que algo intentarían! —protestaba dando *cojetadas* a lo largo del salón. Su hermana la miraba sin decir palabra, sentada en una silla. Si Eugenia era la viva imagen de un pirata, al contemplar a Rogelia la primera que se venía a la

cabeza era la de una *hippie* superviviente de los 60 a la que el LSD había ido destrozando una a una todas sus conexiones neuronales hasta dejarle la mente tan vacía como los bolsillos de un becario a fin de mes. Su sonrisa de oreja a oreja y su vista perdida en el infinito la mayor parte del tiempo no hacían más que acentuar la sensación.

—¿Cómo van a llevarse a Ignacia esos *chusmosos*? —preguntó Rogelia desde la silla, con las piernas abiertas y las medias mugrosas por encima de los tobillos —. ¡Con lo que chilla nos hubiese despertado a las dos!

—¡Pues la habrán *drogao* para que no haga ruido! ¡Te digo que se la han *llevao* con los animales y nos han *encerrao* aquí para que nos *muéramos* de hambre! ¡*Joputas*, eso es lo que son todos!

—¡*Joputas*! ¡*Joputas*! —repitió el loro.

—¿Y si se han llevado a Ignacia y a todos los animales, por qué no se han llevado también al loro? —insistió Rogelia, a quien la teoría de su hermana no acababa de convencerla del todo.

—Porque Pirata tiene *los cojones bien puestos*. Seguro que le ha *saltao* el ojo a alguno. ¡Lorito bueno!— Eugenia levantó la mano para acariciar al loro como si fuese un perro, y este agradeció el gesto con un buen picotazo.

—¡Ay! ¡Cabronazo! ¡No te hubieran *llevao* a ti también y te hubieran *convertío* en una hamburguesa del *Burguikin*!

Rogelia lanzó el brazo e intentó coger al loro por el cuello, pero este escapó con un par de potentes aletadas y se posó sobre los montones de periódicos cubiertos de mierda de pájaro que adornaban la mesa del comedor.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Eugenia obviando la escena del ave, que ya había visto repetida hasta la saciedad. Lo de su hermana con el loro era una relación amor-odio que, de repetida, acababa por aburrir.

—Tarde o *trempano* tendrán que soltar a Ignacia. Y cuando la suelten nos van a limpiar todas las ventanas de la mierda esa que nos han *echao*. ¡Y como le hayan hecho daño a alguno de los animales se van a *cagá*! ¡No conoce esa gentuza a la Eugenia!

El loro, como si estuviese harto de escuchar a su dueña, se quedó en equilibrio sobre una de sus patas para, muy despacio levantar la otra y rascarse el lateral de la cabeza con

ella. El sonido del timbre hizo que aleteara sobre la mesa por el susto y repartiera parte de los periódicos por el suelo, con su desagradable contenido. La ley de Murphy hizo que los papeles se girasen sobre sí mismos en el camino hacia el suelo y quedaran pegados sobre la alfombra de desperdicios.

—¡Ignacia! —dijo Rogelia dando un respingo y haciendo ademán de levantarse. Los años que aplastaban su esqueleto y el grito que le lanzó su hermana la disuadieron de seguir intentándolo.

—¿A dónde vas, insensata? ¿Vas a abrirle la puerta a los *piojosos*? ¡*Tate* ahí quieta!

Eugenia recorrió la distancia que la separaba de la puerta con su curioso caminar. Pierna mala, pierna buena. Pierna mala, pierna buena. Cuando llegó a la altura de la puerta, el timbre llevaba ya un buen rato sonando. Apartó con cautela la tapa de la mirilla, gesto que le costó más esfuerzo de lo normal debido a la capa de grasa que había empezado a actuar de pegamento. Acercó el ojo, echó un buen vistazo y dejó caer la tapa. Sin mediar palabra, se giró y se dirigió a donde había dejado a su hermana.

—¿Es Ignacia? —preguntó ésta con impaciencia. A pesar de que Rogelia nunca lo hubiese reconocido, estaba acostumbrada a vivir con sus dos hermanas y, aunque su *modus vivendi* incluía las peleas y los gritos a todas horas, estaba preocupada por ella. Ignacia era la más despierta, la que hacía de enlace entre *villa mierda* y el exterior. Se encargaba de ir a cobrar la pensión, de hacer las compras, de pagar a los cobradores y de despachar a los que venían con la intención de venderles algo. Eugenia y Rogelia apenas salían al exterior, más que en situaciones de extrema necesidad, entendiéndose como tal el tener que asistir al médico. Les habían ofrecido la posibilidad de que los médicos acudieran a visitarlas a casa, pero ellas sabían que esa no era una opción posible. En cuanto alguien del exterior asomase la cabeza y viese la casa, les quitarían a sus pobres animales y las llevarían a algún asilo para que se muriesen. Lo habían visto un millón de veces en la tele. Esa misma tele que llevaba toda la mañana negándose a mostrar imagen alguna.

—¿Qué te dije? Ya están todos en la puerta. Pues están listos si se creen que vamos a abrirles. ¡Hasta negros han *traído*, que lo he visto yo con mis propios ojos! ¡Ahí se van a quedar esperando!

—¿Negros? ¡A mí los negros me caen muy simpáticos! ¿Sabes que estuve a punto de tener un novio negro? —dijo Rogelia con su eterna sonrisa—. ¿Abrimos?

¿Un novio negro? Tú estás *agilipollá*. Eso es de la *pinicula* que echaron ayer por la tarde en la tele y ya te lo has *quedao* como si te hubiera *pasao* a ti. Quédate *callaíta* hasta que se vayan, anda...

Las hermanas se quedaron en silencio, cada una de ellas sumida en sus propios pensamientos. Un silencio sólo roto por la insistencia del timbre, que martilleaba sus cabezas con su desagradable zumbido.

—¿Y qué vamos a comer? —preguntó Rogelia, con la vista perdida en un punto indeterminado. Hacía años que la nevera se había estropeado, y no hicieron nada por arreglarla, hasta el punto de que acabó convirtiéndose en un dormitorio para gatos. Tan poca atención le prestaban que en una ocasión la puerta se cerró atrapando a uno de ellos en su interior durante unos cuantos días. Cuando abrieron la puerta, el gato, famélico y desorientado, salió como una fiera arañando a todo lo que se encontraba a su paso. Aunque atrancaron la puerta con un montón de desperdicios para que no pasara de nuevo, el gato ya nunca volvió a ser el mismo.

—Nos comeremos lo que haya. Y beberemos agua del grifo —respondió Eugenia.

Lo malo era que “*lo que había*” apenas les daba para llegar hasta la cena. Rogelia lo sabía, y así se lo dijo.

—Ya nos soltarán. Y si no, tenemos latas *pa* gatos y bolas de pienso *pa* perros *pa* aguantar hasta que nos *muéramos* de viejas. Esos no saben con quién se la están jugando. Me quieren *joé* a mí, y voy a ser yo la que los *joa* a ellos. Que a mí, a *japuta* no me gana nadie.

—¡*Japuta!* ¡*Japuta!* —graznó Pirata, como queriendo remarcar la afirmación.

—Se oyen ruidos al otro lado de la puerta —dijo Anna.

—Ya, ya lo sé —respondió Michael—. Y han usado la mirilla. O sea, que no nos han abierto porque no les da la gana.

El gigantón Abdou dijo algo, incomprensible como de costumbre, que fue contestado por Moussa. El último componente del trío, Modou parecía absorto, afanándose en colocarse cuanto más lejos de las ventanas, mucho mejor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jaime con curiosidad.

—Dice que huele como si se hubiese muerto algo ahí dentro —tradujo Moussa.

—Lo que huele es como si llevasen años sin lavarse el... —comenzó a decir Alfonso.

—¡Basta! —le cortó Lorena—. ¿Es que siempre tienes que ser tan asquerosamente desagradable?

—Pero si apenas nos conocemos, cariño —respondió éste con sarna.

—¡Ya está bien! —gritó Michael, que comenzaba a erigirse en el líder natural del grupo sin que mediase ningún proceso para elegirlo—. Si no nos quieren abrir ahora, ya lo harán más adelante. No podemos obligarlas. ¡Ojala la situación se normalice pronto y esta misma tarde podamos volver a nuestras casas con tranquilidad!— Se quedó mirando la puerta unos instantes, como dándole una última oportunidad, y luego se dirigió a la escalera. Modou lo adelantó de un empujón, ansioso por alejarse lo más posible de aquellas ventanas. Antes de llegar de nuevo al portal, pasaron por una entreplanta, sin acceso al exterior. Era mucho más estrecha que los rellanos, y el techo era bastante más bajo. Lo único que rompía la monotonía era una puerta metálica, que como pudo comprobar Michael al girar el pomo, estaba cerrada con llave.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó, pero ninguno de los que lo acompañaban parecía tener la respuesta.

—Habría que preguntarle a alguno de los vecinos *antiguos* —dijo Marta—. Aunque tiene toda la pinta de ser el cuarto de contadores, o el del depósito de agua. Parece que se escucha un zumbido al otro lado...

—Sí, es cierto, se oye un zumbido —asintió Anna, acercando la oreja a la puerta—. También se percibe una vibración.

—Seguro que alguno de los vecinos tiene la llave —aseveró Jaime, que había permanecido en silencio bastante rato, avergonzado por el comportamiento de su hermano.

—Bueno. Lo apuntaremos en la lista de pendientes a comprobar más adelante, si es que seguimos en la misma situación —respondió Michael.

—... virgencita mía que me quede como estoy —acabó la frase Alfonso con retintín.

—¿Qué quieres decir? —soltó Lorena como impulsada por un resorte. La antipatía

que sentía por aquel chico era cada vez más evidente, e iba en aumento—. ¡Seguro que ya están movilizándose ahí fuera para sacarnos!

—¿Y qué te hace suponer que hay un *ahí fuera*? ¿Todavía no te has dado cuenta de que lo que nos está pasando se sale de las escalas del ranking de la *anormalidad*? —se defendió Alfonso, que parecía estar disfrutando de vivir en primera persona una situación que parecía sacada de una de sus adoradas películas de serie B—. ¿Qué te hace suponer que no le está pasando esto a todo el mundo? ¿Y si toda la gente está atrapada en sus casas? ¿Qué pasará si van transcurriendo las horas, y los días, y se acaba la comida, y...?

Un silencio cada vez más incómodo se fue instalando entre los presentes.

—¡BASTA! —le cortó Michael. Su voz nunca había sonado tan autoritaria como en ese momento. Alfonso no pudo evitar sentir un escalofrío, detuvo su discurso en seco, y bajó la vista hacia el suelo—.Vamos abajo, tenemos que hablar *todos* —remarcó especialmente esta palabra— y planificar los pasos que vamos a seguir.

El grupo se encaminó por el último tramo de escaleras que conducía hacia la entrada al edificio. Michael esperó a que fuesen bajando todos, y cuando Jaime llegó a su altura, lo retuvo sujetándolo del brazo. Esperó a que terminasen de pasar los demás, y entonces le habló en voz baja.

—Tienes que controlar a tu hermano. Ya estamos bastante nerviosos como para que él enrarezca aún más el ambiente.

Jaime barajó una buena cantidad de excusas para salir en defensa de Alfonso, pero no encontró ninguna que fuese razonable. Se estaba comportando como un capullo, y él lo sabía perfectamente.

—Haré todo lo posible. Todos estamos nerviosos, y esa es su forma de reaccionar a lo que no sabe cómo hacer frente.

Michael apretó el brazo de Jaime hasta hacerlo rozar el umbral del dolor, y acercó su cara a la de él.

—Si crees en Dios, pídele que esto acabe pronto. No puedes imaginarte lo que pueden hacer personas aparentemente normales en situaciones límite. Yo he vivido alguna antes, y te aseguro que no te gustaría. En absoluto.

—No... no sé a qué te refieres —tartamudeó Jaime—. ¿Q...qué situaciones? ¿Q... qué te ha pasado?

Michael aflojó la tenaza en la que se estaba convirtiendo su mano, y desvió la mirada.

—Contrólalo. No lo olvides —le ordenó, mientras bajaba las escaleras, dejando a un asustado Jaime casi en estado de shock.

DIA 1. ZONA COMUNITARIA. PRIMERA SANGRE.

Maruja Torres observó con su habitual cara de desprecio cómo los recién llegados iban desembocando en el portal. No se sorprendió al ver que las viejas no estaban entre ellos. Estaba acostumbrada a ser la que llevaba la voz cantante en todas las reuniones de vecinos, entre otras cosas porque al ser la propietaria de la mitad del edificio, allí se hacía siempre su santa voluntad, y estaba deseando incorporar a Marta, Lorena y Antonio a su lista de súbditos presentes. Por supuesto, lo que jamás en la vida podía haber llegado a imaginarse era que éste había sido sustituido por Abdou, Moussa y Modou.

—¿QUIENES SON *ESOS*? —gritó, marcando de forma despectiva la última palabra, y salió lanzada hacia adelante como una locomotora, con el dedo índice apuntando a los tres africanos como si llevase una pistola. El efecto que consiguió al reaccionar de esa manera fue tan inesperado como satisfactorio para ella. El gigantón retrocedió asustado y se refugió al fondo de la escalera, arrastrando en su huida al nervioso Modou, que miraba hacia la puerta con la cara desencajada. Sólo Moussa fue capaz de permanecer en su posición, aunque adoptando una evidente postura defensiva.

—¿Qué habéis hecho con Antonio? —gritó, golpeando de forma repetitiva con el dedo sobre el pecho de Moussa.

—El señor Antonio nos alquiló el piso, señora... nosotros no queremos problemas, sólo dormimos...

—¿Qué? ¿QUÉ? —aquello fue demasiado para Maruja, que montó en cólera. Si se hubiese imaginado que los que ocupaban el piso no eran solo ellos tres, sino un total de doce personas, la que se podía haber organizado en aquel portal hubiese dejado en pañales a lo que estaba ocurriendo en el exterior.

—¡Fuera de aquí! ¡He dicho FUERAAAA! —gritó, desquiciada. No estaba dispuesta a que sus dominios fuesen invadidos por gentuza de la calle, y menos aún a perder el control de lo que sucedía en su edificio. Sin previo aviso, cambió de dirección y se encaminó a paso ligero hacia la puerta de la calle. Antes de que ninguno de los presentes fuese capaz de reaccionar, con un rápido giro de muñeca la abrió de par en par.

Lo que sucedió a continuación pareció transcurrir en cámara lenta. Todo se concentró en unos pocos segundos, y sin embargo se dieron tantos acontecimientos relevantes que se podría haber llenado un libro con ellos.

La pasta grisácea que se agolpaba en el exterior crujió de una forma siniestra y pareció querer inundar el portal, pero era tan espesa que apenas se introdujo unos centímetros, manteniendo la forma de la puerta, como si un niño aplastase una bola de plastilina casi seca sobre un agujero. Todos se apartaron de forma instintiva y corrieron hacia el fondo del pasillo. Todos, excepto Maruja, que permanecía impasible, sujetando la puerta y mirando con un odio infinito hacia los tres que habían osado usurpar sus dominios, mientras señalaba hacia afuera con el dedo índice extendido.

—Señora... ¿está loca? —intervino Albert— ¿Cómo se atreve siquiera a pensar que vamos a echar a nadie a la calle?

Por vez primera, Marta reparó en realidad en la presencia del muchacho, y a Jaime no le hubiese gustado nada la amalgama de sentimientos que brotaron sin esperarlo en su interior. Sin embargo, sí que captó el extraño brillo en la mirada de la chica. Tomó nota en su mente para repasarlo cuando las cosas volviesen a su cauce.

—¡No voy a repetirlo dos veces! ¡FUERA! —insistió Maruja. Michael decidió tomar cartas en el asunto antes de que fuera a más, pero Modou hizo algo inesperado, más aún teniendo en cuenta el pánico que parecía inspirarle aquella cosa. Salió del grupo y, a grandes zancadas se dirigió hacia la entrada del portal. Maruja pareció perder de golpe toda su soberbia, dejó caer la puerta, y se apartó del camino del africano. La materia que pugnaba por colarse en el interior impidió que ésta se cerrase.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —soltó Michael, y se dirigió hacia él, seguido por su amigo italiano. Modou se llevó la mano al bolsillo de atrás del pantalón y sacó una navaja, lo que provocó que ambos se detuvieran en seco. Con las piernas flexionadas, y la navaja trazando arcos circulares con lentitud por delante de su torso, Modou lanzó una ráfaga de palabras ininteligibles. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Michael sin apartar la vista de él.

—Dice que tiene que salir fuera. No puede perder el trabajo, su familia necesita que le envíe el dinero —respondió Moussa, y a renglón seguido le gritó algo a su amigo. El grandullón Abdou también había salido del fondo, y se dirigía hacia él con las manos

extendidas, pidiéndole calma, murmurando algo en su idioma.

—¡No sabemos lo que hay fuera, díselo! —casi suplicó Michael. A Moussa no le dio tiempo, porque Modou, con un gesto de agradecimiento hacia sus amigos, se encaminó a la materia, e introdujo sin pensarlo el brazo en su interior hasta la altura del codo. La sustancia pareció acogerlo con delicadeza, adaptándose a su perfil como lo hace el agua de una piscina al cuerpo del bañista.

Modou dejó de estar tenso, se giró hacia la gente del interior, sonrió y dijo algo. Casi sin permitirle acabar la frase, algo tiró con violencia de él y lo introdujo por completo en la masa, sin darle tiempo siquiera a gritar. La superficie de la sustancia mantuvo su silueta durante una milésima de segundo, como si de una película de dibujos animados se tratase, para luego ir recuperando poco a poco su lisa superficie.

—¡NOOO! —gritó Moussa e intentó saltar hacia la masa en busca de su amigo, pero Michael lo agarró antes de que lo consiguiera.

—¡No podemos hacer nada por él, pero hay que cerrar YA! —ordenó Michael. Algo en su voz hacía que la gente obedeciera sin rechistar, aún por encima del caos que había generado la súbita desaparición de Modou. Michael y Moussa se apoyaron contra la puerta e intentaron cerrarla de nuevo, pero la materia que había conseguido introducirse en el portal lo impedía. Abdou añadió su inmensa fuerza a la del grupo, y entre todos consiguieron quedar a centímetros de poder cerrarla. En el interior del portal, los gritos se mezclaban con los llantos y el nivel de histeria iba subiendo hasta límites insospechados.

—¡Hay que sacar fuera ese reborde de masa, si no, no podremos conseguirlo! —gritó Lucio, acercándose a ella. No había manera de aplicar más fuerza a la puerta, porque aunque los demás se habían acercado para ayudar, no había espacio material en ella sobre el que poder aplicar presión.

—¡Esperad un momento! —ordenó el italiano—. ¡Dejad de empujar, pero manteneos ahí, que no se abra!

—¿Qué vas a...? —comenzó a preguntar Michael, pero su compañero de piso actuó sin darle la oportunidad de impedírselo. Con su mano izquierda, empujó el reborde de masa hacia el exterior, ahuecándola y apretando los dedos unos contra otros para evitar que se filtrase entre ellos. Antes de dar tiempo a Michael a protestar, había rebañado hacia fuera toda la materia sobrante.

—¡Ahora! ¡Cerrad! —ordenó. La puerta se cerró con un crujido apagado.

¡Estás loco, tío! —le recriminó Michael—. ¡Ya has visto lo que podía haberte pasado!
— Se detuvo en seco, y se giró hacia los dos compañeros de Modou. Moussa trataba de calmar a Abdou, que lloraba sin consuelo.

—Yo... lo siento... Podríamos haber... —comenzó a decir, pero Moussa lo detuvo con un gesto.

—Usted intentó detenerlo —le dijo—. Lo hizo bien.

Michael agradeció el gesto con un leve movimiento de la cabeza. Intentó esbozar una sonrisa, pero sólo consiguió una mueca nerviosa, indefinida.

—¿Puedo preguntarte algo?

Moussa dejó una vez más de centrar su atención en el grandullón para asentir con la cabeza.

—¿Qué... qué dijo antes... antes de que se lo llevaran?

Moussa pensó durante unos instantes, como si buscase la traducción más exacta posible.

—Dijo... “Me hace cosquillas”.

Un murmullo recorrió la estancia, y luego todo quedó en silencio. Rocío, que durante un buen rato había permanecido en estado de shock, vio dibujada con toda claridad en su mente la imagen de sus hijos acercándose a las ventanas, y enfiló el camino hacia las escaleras a toda prisa. De repente, un grito desgarrador rebotó contra las paredes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael girándose bruscamente. Lucio estaba tirado en el suelo, retorciéndose entre convulsiones. El brazo que había usado para empujar la masa, estaba cubierto de ampollas.

—¡Dios mío! ¿Qué le está pasando? —gritó Anna, arrodillada junto a él. Las convulsiones habían ido subiendo de intensidad hasta hacer que casi flotase sobre el suelo sin tocarlo. Michael también se acercó, sin saber qué hacer.

—¡Espagueti! ¡Lucio! ¿Puedes oírme?

Abdou dijo algo en voz muy baja. Moussa le puso la mano en el hombro y le contestó

de la misma manera.

—¿Qué le pasa? —preguntó el *pobre* Mora casi susurrando, escondido entre las sombras del fondo del portal. Si Maruja no hubiese estado tan fuera de sitio por el odio y la rabia, y se hubiese dado cuenta de que su marido se había escabullido de su lado, éste se habría encontrado con problemas muy serios. De hecho, esta era la primera y única ocasión en la vida del *pobre* Mora en la que estaba haciendo algo sin el consentimiento y la aprobación de su esposa.

—Él cree que el señor pequeño está embrujado. Que la cosa ha entrado dentro de él —respondió Moussa.

Rocío había quedado congelada a mitad de camino en la frenética carrera hacia su piso. La sensación de que sus hijos estaban en peligro era asfixiante. Sin embargo, no pudo evitar oír la conversación, ni sentir un escalofrío al recordar con pánico como esa misma mañana, al descubrir la pasta, había introducido el dedo índice en su interior. Recordó la sensación de frío, seguida de calor. Examinó su dedo, y no encontró nada fuera de lo normal... al menos de momento. Sacó fuerzas de flaqueza, y se escabulló por fin escaleras arriba aprovechando que Lucio acaparaba toda la atención.

Tan de repente como las convulsiones habían comenzado, se detuvieron. Lucio quedó inmóvil, tumbado boca arriba.

—¿Está vivo? —preguntó alguien en el grupo. El *pobre* Mora retrocedió sobre sus pasos hasta colocarse tras su mujer, justo a tiempo de que ésta le dedicase una mirada, mitad de desprecio, mitad controladora.

—Sí... eso creo —respondió Michael, y le colocó los dedos índice y corazón en la carótida, para buscarle el pulso. En ese momento, Lucio se sentó de golpe, formando un ángulo de noventa grados con su cuerpo. Su cara era una extraña máscara, mezcla de diversión y perversidad, con una media sonrisa difícil de describir. Sin girar la cabeza, como si tuviese el cuello trabado, recorrió a sus vecinos con la mirada, de izquierda a derecha. Las frases que pronunció a continuación les heló la sangre en las venas.

—*Ellos nos quieren. Nos quieren a todos. Pronto seremos uno.*

Con cuidado, Lucio se tumbó de nuevo, y se quedó dormido.

—¿Qué... qué mierda ha sido eso? —preguntó Alfonso.

—N...no lo sé —respondió Anna, y le puso una mano en la frente—. Está ardiendo, pero respira.

—¿Qué hacemos ahora? —insistió Alfonso—. ¿Os sigue pareciendo tan absurda mi teoría de los extraterrestres?

Todos lo miraron, sin saber qué responder. Después de lo que acababan de ver, cualquier posibilidad de buscar una explicación coherente se esfumaba como un trozo de hielo seco en agua.

Marta se abrazó a Lorena, temblando sin poder evitarlo. Tenían la historia perfecta, se estaba escribiendo por sí sola ante sus incrédulos ojos. Lo malo era que empezaban a sospechar que ahí fuera no quedaba nadie para leerla.

ORGANIZANDO EL CAMPAMENTO.

—Ese tío tiene algún tipo de formación militar, te lo digo yo.

Alfonso estaba poniendo patas arriba la cocina, en busca de todo el alimento del que pudiesen disponer. Había pocos productos frescos, pero una buena cantidad de latas. Ventajas de no contar con mamá para hacer de comer, después de todo.

—No sé si tiene formación o no, pero nos está viniendo bien para poner un poco de orden en todo este caos —respondió Jaime, mientras apuntaba en una libreta todo lo que pudiera serles de utilidad, tal y como había ordenado Michael. Tras subir a Lucio al piso que compartían junto a Anna, y asegurarse de que, dentro de lo que cabía, el italiano se encontraba bien, bajó de nuevo al portal para planificar la estrategia a seguir. Lo primero, esencial, era cerrar todas las ventanas de cada uno de los pisos. Bajar las persianas era tarea imposible porque estaban atrancadas con la sustancia. La facilidad con la que el *pobre* Mora había podido bajar la de su cuarto esa misma mañana era cosa del pasado. Quizás el cristal no sirviese de mucha protección, pero la realidad era que los problemas no comenzaron hasta que Maruja abrió la puerta. Luego, y no menos importante, había que hacer un recuento del alimento que había en el edificio. Y en eso se encontraban metidos ambos hermanos.

—¿Cómo ves lo de compartir la comida con los demás? —preguntó Alfonso.

—¿A qué te refieres con que cómo lo veo?

—Joder, no seas gilipollas... Mira nuestra despensa. Parece la sección de conservas del Carrefour. No sabemos cuánto tiempo vamos a pasar aquí encerrados, pero con esto podríamos aguantar meses... si fuese sólo para nosotros dos. ¿Cuánta gente hay fuera? ¿Una docena? ¿Más?... No sé lo que tendrá cada uno en su cocina, pero me temo que no será como la nuestra...

Jaime se quedó pensativo unos instantes, sopesando lo que acababa de decir su hermano. Era duro, pero no estaba exento de razón.

—No sé, tío, joder... No me imagino encerrado en casa comiendo mientras alguien se muere de hambre tras la puerta... *y menos si ese alguien es Marta* —completó en su mente.

—Tú sigue así, hermanito, que vas por buen camino. Algún día te darás cuenta de que no vivimos en *los mundos de Yupi*. Más vale que no estemos mucho tiempo encerrados, o verás qué desagradables se vuelven nuestros queridos vecinos. Lo hemos visto en decenas de películas, *hermanito*.

La última palabra la lanzó con cierta cantinela, al mismo tiempo que le arrojaba una servilleta que le impactó en plena cara.

—Muy gracioso, capullo. ¿Cuántas latas tenemos?

Alfonso restó unas cuantas del total y las reservó en el fondo de la alacena, con la intención de llevárselas a su cuarto más tarde, y le dijo a su hermano la cantidad restante.

Marta y Lorena hicieron inventario de todo el alimento que tenían en casa, y el panorama no era halagüeño en absoluto. Ellas hacían la compra una vez a la semana, y ya casi les tocaba, por lo que, con lo que tenían en la despensa apenas podrían sobrevivir tres o cuatro días, y eso racionando la comida de una manera bastante seria. Una vez tuvieron todo controlado, se quedaron en la habitación de Lorena, reflexionando sobre los extraordinarios acontecimientos de las últimas horas.

—Me encantaría ponerme a escribir ahora mismo, tía —dijo Lorena, mientras aporreaba las teclas de su portátil, sólo para comprobar que seguían sin conexión a Internet, aislados por completo del exterior.

—Sí, no podemos negar que es el caso de *desbloqueo del escritor* más rápido que he visto en mi vida. Yo también podría sentarme y escribir trescientas páginas de golpe... si no estuviera *cagadita* de miedo. Necesito una *lluvia de meteoritos*, por favor.

La lluvia de meteoritos era la versión *Martalorenizada* de la tormenta de ideas. Cuando estaban escribiendo, y llegaban a un callejón sin salida, se tomaban un par de cervezas y decían todo lo que se les pasaba por la imaginación, por muy absurda que fuese la idea... Teniendo en cuenta que ellas no bebían jamás, el efecto de las dos cervezas hacía que surgiesen ideas bastante curiosas. Dicho y hecho, sólo diez minutos después, y con dos cervezas en el estómago, las amigas comenzaron a hablar acerca de lo que estaba pasando.

—Vamos a ver —dijo Lorena. La cerveza estaba haciendo su efecto, y se sentía lo

bastante desinhibida como para soltar todo lo que le ocurriera—. ¿Alguna idea acerca de lo que está pasando?

—Bueno... la clásica sería pensar en extraterrestres, pero vamos a empezar por algo más plausible... ¿experimento que se sale de madre? —preguntó Marta.

—¿Como King en *La Niebla*? Bueno... la situación tiene ciertas similitudes, no puedo negarlo. Si cambiamos la pasta por la niebla, y el pueblo entero por este jodido edificio. *Peeeeero* falla lo principal... los americanos parecen tener una base militar haciendo experimentos raros en cada esquina. Aquí no lo veo.

—Vale, pero... ¿te fijaste en lo que hizo el italiano? —Marta no pudo reprimir un escalofrío—. Tía, casi me cago encima cuando se sentó y nos habló con esa cara tan... extraña. ¿Qué fue lo que dijo?

—*Ellos nos quieren. Nos quieren a todos. Pronto seremos uno* —repitió Lorena, en un patético intento de imitar el tono de voz de Lucio—. Sí que da miedo, desde luego... ¿Quiénes son ellos? ¿A qué se refieren con que nos quieren? ¿Y... qué le pasó al hombre que salió del edificio?... Algo tiró de él desde el exterior...

—Puede que fueran *ellos*. Lo que quiera que sea que está ahí fuera. A lo mejor ese hombre ya es *uno con ellos*. Joder... cada vez me da más miedo...

Lorena se quedó unos instantes pensativa, como valorando alguna opción.

—¿Crees... crees que eso estará fuera... por todas partes? —preguntó por fin—. Quiero decir... ¿Te... te imaginas el mundo entero cubierto por esa masa asquerosa? Las ciudades... los campos... ¡El mar! ¿Podría esa cosa cubrir el mar?... Joder... y si... ¿Y si la masa son los extraterrestres? Siempre los hemos representado como figuras humanoides, cuando no tiene ningún sentido que sea así, a menos que descendamos de un mismo antepasado común.

—¿Quieres decir que nuestros extraterrestres pueden ser unos seres microscópicos que nosotros vemos como una *plasta* asquerosa? Y al contacto con nuestra piel, nos controlan. Feo, pero encajaría...

—¡Eh! ¿Por qué feo? —protestó Lorena.

—Yo que sé, tía... imagínate a Will Smith en *Independence Day* con una aspiradora tragando espuma en vez de meterse en la nave nodriza para colocarles un virus. O a Tom

Cruise escapando de una ola de pasta en *La guerra de los mundos* en vez de hacerlo de las naves y de sus rayos desintegradores... feo es un rato largo... —explicó Marta.

—Vale, te lo acepto... es menos espectacular, sin duda —reconoció su amiga.

—De momento, no me desagrada esa posibilidad... Aunque hay otra... recuerdo un episodio antiguo de *En los límites de la realidad*, en la que una familia compuesta por los padres, el hijo y la hija, aparecían de repente en una casa, encerrados. Todos tenían la mente en blanco, como si les hubieran borrado la memoria, y por todos los orificios abiertos de la casa, ventanas, chimenea, etc., se colaba una sustancia de color castaño y olor dulzón —explicó Marta, haciendo un esfuerzo por recordar.

—Joder... ¿y qué era lo que pasaba? —preguntó Lorena, ansiosa por conocer el motivo que daba forma a la historia.

—No me acuerdo... creo que mis padres apagaron la tele antes de ver la resolución...

—¡No me fastidies! —protestó Lorena dando un salto de la cama, donde se habían sentado a hablar.

—Que no, joder, que era broma —lanzó Marta dándole un empujón mientras se *partía* de risa—. Lo recuerdo perfectamente. Al final resultaba que tanto la casa, como sus ocupantes, eran juguetes muy realistas, en el futuro, que pertenecían a una niña. El hermano de ella, para fastidiarla, había metido sus juguetes en el horno junto a sus golosinas. El calor estaba fundiendo los circuitos a los muñecos, que no recordaban que lo eran, y al final lo que entraba por las ventanas era una golosina de chocolate derretida...

—Vaya *truño* —respondió Lorena—. Lo malo es que lo que tenemos ahí fuera no parece tan apetitoso como el chocolate... y, que yo sepa, yo no soy ninguna muñeca.

—Eso es lo que tú te piensas, *muñeca* —bromeó Marta—. Te recuerdo que ellos tampoco sabían que lo eran.

—Vale... pues si soy una muñeca, ya les vale... me podían haber hecho con el molde de *Barbie*...

Las dos amigas rieron con ganas la ocurrencia. Durante ese fugaz instante en el que las cervezas tenían el control del circuito mental que se encargaba de discernir entre lo que tenía importancia y lo que no, se olvidaron de la masa, de que estaban atrapadas, de

Modou, e incluso de que *pronto serían una*.

Raúl entró en el piso seguido a bastante distancia de Albert. El portazo con el que éste último cerró presagiaba que el enfrentamiento que habían tenido esa mañana estaba lejos de haberse solucionado. A pesar de que la situación parecía indicar que Raúl no tenía nada que ver en la desaparición de Julia, Albert tenía que usar toda su fuerza de voluntad para no lanzarse de nuevo sobre el hombre que dormía con su madre y apretarle la garganta con todas sus fuerzas. Mientras aquel intruso trasteaba en la despensa, curioseando y moviendo de sitio las latas de conserva que su madre organizaba con una precisión milimétrica, sintió una nueva oleada de rabia que le nacía justo debajo de la boca del estómago.

Desde el punto de vista de la otra parte de la ecuación, Albert había perdido toda la importancia del mundo, hasta llegar a convertirse en algo tan insignificante como la más diminuta de las hormigas. Todo su pensamiento, al menos el que Raúl podía manejar de forma consciente, estaba centrado en Julia. En por qué no estaba con ellos en la casa. En quién la había sacado de allí, en cómo lo había hecho, en dónde estaría ahora, en ese preciso instante, mientras él contabilizaba latas de forma automática, con la vista perdida.

—Échame una mano, anda. Coge papel y un bolígrafo para apuntar lo que tenemos —pidió, sin dejar de mirar hacia las latas.

Albert salió de la cocina. Aunque a cualquiera que no los conociese le pudiera dar la impresión de que iba a buscar algo para escribir, nada más lejos de la realidad. No tenía la más mínima intención de obedecer, ni siquiera se le había pasado por la imaginación llevarle a Raúl lo que le había pedido. Tan sólo quería apartarse de ese hombre. Poner la máxima distancia posible entre ambos. *Arrojarlo a la masa y olvidarlo para siempre* —le dictó su subconsciente sin que lo pudiese evitar—. *Ver cómo se lo iba tragando poco a poco hasta convertirse en una simple huella en la superficie que desaparece unos segundos después.*

Entró en el cuarto de baño y se miró en el espejo. Tenía mala cara, algo bastante normal teniendo en cuenta que acababa de perder a su madre, y que estaba atrapado con la persona que más odiaba en el mundo en un edificio aislado del resto del universo por una sustancia desconocida. Abrió el grifo y dejó correr el agua. No. Eso no estaba bien. No sabían el agua del que disponían, si aún recibían suministro del exterior, o si estaban

agotando la que quedase en los depósitos del edificio. Con un rápido gesto, tapó el desagüe del lavabo, y segundos después cerró el grifo. Ahuecó las manos, y se refrescó el rostro un par de veces antes de quitar el tapón. Apoyó los codos en ambos lados del lavabo y dejó que las gotas resbalasen por sus mejillas hacia su nariz, y de ésta hacia el desagüe, que con la vista desenfocada, se había convertido en un extraño borrón grisáceo.

—*Ellos nos quieren.*

—¿Qué?

—*Nos quieren a todos.*

La voz provenía de todas partes a la vez, como si en el cuarto de baño se hubiese montado el más perfecto sistema de sonido envolvente de la historia. Y en cuanto a la propietaria de la voz, no quedaba lugar a dudas.

—¿M... mamá? —susurró, con lágrimas en los ojos.

—*Pronto seremos uno.*

—¡MAMAAAAAAA!

—¡Abre la puerta! ¡Abre! —gritó Raúl aporreando la puerta del baño. Al ver que Albert no le respondía, cargó con el hombro contra ella un par de veces hasta que el cerrojo saltó hecho pedazos. El muchacho estaba arrodillado en el suelo, con los ojos empañados por las lágrimas y dos surcos de sal recorriéndole las mejillas.

—La tienen *ellos* —susurró con una tristeza infinita. Raúl creía estar preparado para cualquier cosa en lo tocante a su relación con el *cabroncete*, pero verlo tan destrozado, tan vulnerable, desmontó todos sus prejuicios. Se arrodilló junto a él y, por vez primera desde que lo conocía, le pasó el brazo por la espalda y dejó que llorase sobre su hombro.

—¡Ja! ¡Se creerán esos piojosos que van a comerse MI comida! ¡Están listos! —decía Maruja mientras desvalijaba su nutrida despensa e iba repartiendo las bolsas repletas por escondrijos a lo largo de toda la casa. El *pobre* Mora la miraba ir y venir, en silencio, sin atreverse a decir ni media palabra. Viéndola arrastrar las bolsas, sudorosa, le daba la impresión de que iba a reventarle una vena en el cerebro por el esfuerzo de un momento a otro. Su estridente voz poniéndolo firme le sacó de tan dulce pensamiento.

—¡Tú! ¿Es que no piensas ayudarme? ¡Coge las bolsas y escóndelas!

—Maruja... creo que deberíamos compartirlas con los demás, esto no está bien —dijo el enanito que manejaba el área encargada de la lógica en alguna parte del cerebro del *pobre* Mora. El que se encargaba de interceptar los pensamientos que supusieran un riesgo evidente antes de que llegasen al habla hizo su trabajo a las mil maravillas. Por la boca del *pobre* Mora se oyó un débil «Sí, *Maruja*», y se puso manos a la obra en la poco solidaria tarea de ocultación de alimentos.

—Negros... ¡negros! ¡Lo que me faltaba por ver... ¡Negros viviendo en MI edificio! Ojalá esa asquerosa *plasta* le haya caído encima a ese viejo hijo de puta y lo haya asfixiado... porque como caiga en mis manos se arrepentirá del momento en que decidió meter negros en mi casa...

—Hacer distinciones por el color de la piel es estúpido. Esos pobres hombres estaban destrozados por lo que le pasó a su amigo —pensó el *pobre* Mora. El enanito trabajaba a destajo, deteniendo todos los pensamientos dañinos en el camino a la zona del habla—. El grande me da pena. Parece tan triste...

Fallo en los sistemas. Las últimas frases llegaron a la sección del habla, y se convirtieron en sonido. Sonido audible. ¿Muy alto? ¿Lo suficiente como para que lo hubiese oído ella?

—¿QUÉ? ¿QUÉ HAS DICHO?

La voz —por llamarla de alguna manera— se hundió en el cerebro de Mora como un cuchillo caliente en mantequilla, trayendo desagradables recuerdos de pasadas reyertas, de días ya olvidados en los que ella le hacía daño... tanto daño...

—Na... nada Maruja —se atrevió a responder mientras cogía una de las bolsas rebosantes y se maravillaba de la impresionante fuerza de la mujer con la que, por alguna razón inexplicable que no alcanzaba a recordar, se había casado hacía ya tanto tiempo que ni siquiera creía que hubiese habido una vida anterior a ella. Y además lo había hecho por amor. Ella se le acercó con una maliciosa sonrisa en la cara. Viéndolos juntos, parecía que la fuerza de gravedad de la inmensa masa de Maruja acabaría por atraer a la esquelética figura del *pobre* Mora sin remisión.

—Sí. Sí que has dicho —susurró Maruja, mientras se colocaba el dedo índice sobre los labios, en un claro gesto que imponía silencio. Una grotesca imitación de la fotografía

de la enfermera que antiguamente presidía las salas hospitalarias. Cuando Maruja levantó su enorme puño cerrado, Mora cerró su único ojo y trató de pensar en otra cosa. El enanito que manejaba el circuito del dolor se puso a trabajar a destajo.

Rocío no podía alegrarse más de haber enviado a sus hijos arriba antes de que las cosas se desquiciaran. Eso había supuesto que se ahorraran las convulsiones de Lucio y la desaparición de Modou. No hacía falta ser un experto en psicología para darse cuenta de que eso les podría haber causado todo un extenso repertorio de pesadillas durante mucho tiempo. Y eso sin tener en cuenta que ella se había perdido el final de la función, cuando el italiano se sentó y habló a los presentes.

Mientras subía los escalones de dos en dos, sintió cómo la ansiedad iba creciendo a pasos agigantados. Al llegar a la puerta, le llegó el desagradable olor del vómito. No es que tuviera muchas esperanzas de que sus hijos lo hubiesen limpiado por propia iniciativa, lo que ocurría es que aquel momento de escapar corriendo de su casa en busca de una salida le parecía irreal y lejano, casi olvidado. Se quedó mirando la amalgama amarillenta que horas antes había estado dentro de su estómago, y de forma subconsciente trató de recordar qué alimentos habían sido en su origen, antes de convertirse en aquella cosa desagradable y maloliente, mientras rebuscaba en sus bolsillos la llave. Fue entonces cuando el corazón le dio un vuelco. Le había dado las llaves a sus hijos para que entraran en casa, de manera que la única forma de acceder al piso era que ellos le abriesen desde dentro. *Pero eso es imposible, porque les ha pasado algo. Algo malo, y tú lo sabes. Porque las madres están programadas para sentir cuando algo va mal, y tú lo has sentido abajo.*

Apartó los malos pensamientos con una sacudida de la cabeza y pulsó el timbre. Una sola vez, con calma. Porque mientras ella mantuviese la calma, los acontecimientos no se precipitarían. Oyó como el ascensor pasaba por la planta sin detenerse. La reunión había acabado, y los vecinos estaban volviendo a sus pisos. Cuando comprobase que todo iba bien, que no había problemas con sus hijos, subiría a preguntar qué se había perdido. A la casa de las chicas. Esas dos muchachas no le caían mal, a pesar de no haber tenido mucho contacto con ellas. Volvió a pulsar el timbre, y no se sorprendió en absoluto al comprobar cómo le temblaba el pulso. Se sobresaltó al oír de nuevo al ascensor, que bajaba a recoger una nueva tanda de pasajeros a la planta baja. Esperó a que el corazón recuperase su ritmo normal, y ya no despegó el dedo del timbre.

Hasta que empezó a gritar y a llorar desconsolada, llamando a voces a sus hijos.

EL PRESENTIMIENTO DE ROCÍO.

Michael y Anna estaban esperando junto a Moussa y Abdou a que el ascensor quedase libre de nuevo, una vez que todos los demás vecinos hubieron abandonado el portal para hacer recuento de la comida y los elementos de utilidad que pudiesen tener en sus casas. Por eso llegaron enseguida, subiendo a grandes zancadas los escalones en busca del origen de los gritos. Al llegar al rellano de la primera planta se encontraron a Rocío arrodillada en el suelo, junto al charco de vómito, con el dedo pulsando de forma frenética el botón del timbre mientras gritaba una mezcla ininteligible de palabras, de la que, con mucho esfuerzo, se podían distinguir los nombres de sus hijos.

—¡Señora, cálmese! —dijo Anna abrazándola. Rocío luchaba con todo su ímpetu para evitar apartar el dedo del timbre. Ni por un momento pasó por su mente la idea de dejar de gritar su suplicante letanía.

Michael cogió la mano que Rocío estaba usando para aplastar el timbre entre las suyas, y aplicó una suave pero firme presión hasta conseguir que dejase de hacerlo. Al mismo tiempo, le hablaba con suavidad para intentar calmarla.

—Señora, por favor... díganos qué ha sucedido. Sólo así podremos ayudarla.

Abdou y Moussa estaban paralizados, sin saber qué hacer, el primero de ellos porque no entendía ni media palabra de lo que estaban diciendo, y el segundo porque ya había agotado sus *reservas de iniciativa* por ese día.

En la confusa mente de Rocío anidó el verbo *ayudar*. Eso fue lo que hizo que detuviese sus gritos y comenzase a controlar el ataque de histeria que estaba sufriendo. Sus hijos la necesitaban. Y aquellas personas le estaban ofreciendo ayuda. Al lado contrario del rellano, la mirilla de la puerta de *las viejas del Arca de Noé* se mantuvo abierta unos instantes, para caer de nuevo de forma silenciosa.

—Ha... ha pasado algo malo —tartamudeó Rocío—. Mis hijos no... no me abren la puerta...

Moussa se puso tenso al oír la palabra *hijos*, tanto fue así que Abdou lo detectó de inmediato, y lo obligó a traducirle las palabras de Rocío. El gigantón montó en cólera, y se puso a aporrear la puerta con tal violencia que pareció que iba a derribar el edificio.

—Eh, eh, tranquilo amigo. Así no vas a conseguir nada —dijo Michael con tono conciliador.

—Todos nosotros dejamos familia en nuestro país —explicó Moussa, e hizo una pausa, en la que sus ojos se inundaron en lágrimas que se desbordaron y dibujaron una irregular carretera en su rostro mal afeitado hasta difuminarse al llegar a la barbilla. Inspiró profundamente, y continuó con voz temblorosa—. Yo he dejado allí a mi pequeño de dos años. Modou tiene... *tenía* tres hijos... su mujer no podrá salir adelante sin el dinero que él enviaba. Cuando... cuando salgamos de aquí Abdou y yo trabajaremos el doble para que ella no deje de recibir ayuda. Y él tiene tres hijas pequeñas —añadió, señalando al gigantón que había dejado de golpear la puerta para mirarlo. Aunque no entendía ni una palabra, las lágrimas que derramaba Moussa dejaban muy claro de qué estaba hablando—. Los echamos muchísimo de menos. Él quiere ayudar a que la señora pueda llegar a sus hijos.

Michael y Anna quedaron en silencio. El llanto de Rocío se había convertido en un murmullo que repetía sin cesar mientras se mecía hacia delante y hacia atrás en los brazos de Anna.

—Déjame intentarlo —dijo Michael tocando en el brazo a Abdou. Sacó una cartera del bolsillo trasero del pantalón, y rebuscó en ella hasta extraer una tarjeta de crédito—. Espero que no esté cerrado con llave desde dentro —añadió, y la introdujo por la rendija entre la puerta y el marco. Tras unos instantes de manipular la tarjeta, deslizándola por la zona en la que suponía que el pestillo se introducía en el marco, empujó hacia adentro con el borde del plástico al mismo tiempo que, con un golpe seco, se lanzaba contra la puerta, que se abrió con un crujido. Lo primero que vio al entrar fue que en la pared de enfrente de la puerta había un colgador sobre el que reposaba un llavero con las que, supuso, eran las llaves de la casa. Las cogió con la intención de dárselas a Rocío, pero ella no le dio ocasión.

—¡Hijos! —gritó la mujer y se levantó como impulsada por un resorte, arrasando a su paso a Michael e incluso al voluminoso Abdou. Corrió por el interior de la casa, llamando a voces a sus hijos, sin hallar respuesta. Al llegar a la sala de estar se detuvo y dejó escapar un horrendo grito. Sus cuatro vecinos, que hasta ese momento se habían mantenido a una respetuosa distancia, entraron en tromba por el pasillo. La escena que encontraron al llegar a la sala fue tan simple como demoledora. Rocío, que no había podido aguantar más la tensión, estaba en el suelo, desmadejada, sin conocimiento.

Lo que había provocado su desmayo, era la silla que los niños habían acercado a la ventana abierta, para poder acceder a ella. Y sobre todo, la zapatilla de la niña que descansaba junto a la silla, indicando de forma inequívoca, que sus hijos habían salido por allí.

—¡Joder! —maldijo Michael mientras cerraba la ventana. Moussa se preguntó en silencio si iba a servir para algo el cerrar una ventana de cristal para tratar de contener a lo que sea que hubiese allí afuera.

Abdou recogió en sus brazos a Rocío como si pesara menos que una pluma, y le preguntó a Moussa qué había pasado. Cuando su amigo le contó sus sospechas, no pudo contener las lágrimas.

El grupo abandonó la casa después de asegurarse de que todas las ventanas estaban cerradas y aseguradas. Ninguno de ellos reparó en la cámara de vídeo que reposaba sobre la mesa de la sala de estar, con el piloto rojo parpadeando para indicar que seguía grabando, algo que haría mientras quedase espacio en la tarjeta de memoria, puesto que la habían dejado enchufada a la pared para que no hubiese problemas con la batería.

La cámara que Andrés, el hijo de Rocío, había usado para grabar su pequeño experimento. La investigación que él mismo y su hermana habían llevado a cabo unos minutos antes. Y cuyas escalofrantes imágenes estaban ahora convertidas en datos y almacenadas en la tarjeta de memoria, esperando a que alguien pulsara el botón correcto para visionarlas.

LA PRIMERA NOCHE.

Michael había dado tiempo más que suficiente a sus vecinos para organizarse y decidir qué hacer. Conforme fue transcurriendo el tiempo, la confianza inicial en que los rescatasen pronto se convirtió en un deseo más que en una posibilidad.

Habían pasado más de doce horas desde que se reunieron por primera vez en la planta baja, y tras un día desastroso en el que habían sufrido la desaparición de tres personas, dos de ellas niños, estaba claro que era el momento de organizarse. Lucio, el italiano, había vuelto en sí un par de horas antes, sin recordar absolutamente nada de sus convulsiones ni de sus extrañas palabras, y el único rastro que quedaba del incidente era un aparatoso vendaje que protegía la mano que había quedado dañada tras tocar con ella la sustancia.

Rocío, por su parte, descansaba en una cama de la habitación de invitados en el cuarto A, el piso de Marta y Lorena. Michael, con buen criterio, había pensado que no sería seguro dejarla en su casa, y mucho menos sin vigilancia, porque acabaría saltando por la ventana en busca de sus hijos. De todos los pisos en los que podía hospedarse, el de las chicas le pareció la elección más lógica teniendo en cuenta que en el resto, los ocupantes eran en su mayoría masculinos —y en Maruja, mejor no pensar—. Le habían administrado una buena dosis de Lorazepam, con la que, con un poco de suerte, descansaría hasta la mañana siguiente.

El ascensor se detuvo una vez más en la planta baja, donde los vecinos ya llevaban rato esperando, y donde la noticia de la desaparición de los niños había corrido como una chispa sobre un reguero de pólvora.

—¿Pero qué le ha pasado, señor? —preguntó Moussa al ver salir del ascensor al *pobre* Mora con la cara magullada. Había sido un error de Maruja el golpearle en el rostro. No es que Mora fuese asiduo a conversaciones con gente del exterior, pero ella tenía bien aprendida la lección, y los efectos de los golpes fuertes siempre quedaban ocultos bajo la ropa. Mientras menos sospechas se levantasen, mucho mejor.

—¿Y a ti que mierda te importa? Métete en tus asuntos. Se ha caído, que es un torpe —restalló como un látigo la desagradable voz de la mole hecha mujer, a la vez que empujaba a su marido para que no se detuviese a hablar con aquellos negros metomentodo. El único ojo de Mora se cruzó con la mirada de Abdou, y por un fugaz

instante el gigantón captó una infinita tristeza, una tristeza que pudo entender a la perfección a pesar de no hablar ni media palabra de español.

Con la llegada de Maruja y de su marido, se completó el cupo de vecinos, a excepción, claro está, de las *viejas del Arca de Noé*, que seguían encerradas sin dar señales de vida.

—Perdona... ¿puedo hablar contigo?

Albert se dirigió a Michael. Iba acompañado por Raúl, quien desde la escena en el cuarto de baño había conseguido entrever al verdadero hijo de Julia. Ahora rezaba porque pudiesen reunirse con ella e intentar por fin formar una familia, sin reproches ni ataques continuados.

—¿Sí?

—Mi nombre es Albert —dijo, tendiéndole la mano. Michael respondió al gesto con un fuerte apretón—. Parece que eres el que manda aquí, ¿no?

—Bueno... yo no lo veo de esa manera. Simplemente, tengo ciertos conocimientos que creo que se pueden aplicar en esta situación.

—Vale... *lo que sea*. He oído hablar a mi madre en el baño. No sé qué mierda es esa cosa de fuera, pero mi madre está aquí, en el edificio. Estoy seguro.

Michael miró a Raúl por encima del hombro del chico, lo que a él no le pasó inadvertido. El marido de Julia enarcó las cejas a la vez que se encogía levemente de hombros.

—¿Estás seguro que la oíste? Todos estamos bajo mucha presión, pero entiendo el extra que supondrá para ti el no saber qué le ha ocurrido.

—Sé perfectamente de lo que estoy hablando—. El inicio de la frase estuvo cargado de rabia contenida. —Y también sé lo que dijo. La misma mierda que largó ese amigo vuestro. Que nos quieren a todos y que seremos uno.

—¿Sólo la oíste tú? —preguntó Michael, mirando de nuevo hacia Raúl. Esta vez, Albert no quiso dejar pasar el gesto por alto, y se giró esperando el apoyo del novio de su madre.

—Ehhh... bueno, en realidad yo no puedo decir que la oyera... entré en el baño al

oírle gritar, pero...

—Vete a la mierda, tío —le cortó Albert, y se apartó de un tirón—. ¡Gracias por nada!

«Iba a decir que confío en ti, gilipollas» pensó Raúl mientras las viejas rencillas saltaban de nuevo a un primer plano en su mente, disolviendo lo que había sentido al verlo llorar desconsolado en el baño. Con tanta facilidad como había dejado de serlo, volvió a convertirse en el *cabroncete*.

Albert se metió al fondo del portal y se sentó en el suelo, haciéndose invisible para el resto de la gente. Había estado dándole vueltas a cómo era posible que oyese a su madre. Y la única opción razonable era que hubiese sido a través de los respiraderos del baño. Y justo debajo de ellos, vivían las viejas del primero B. Las únicas que no habían abierto la puerta. Eso es lo que quería decirle a ese tipo antes de que lo tratase de una forma tan gilipollas y condescendiente. Que estaba seguro de que su madre estaba encerrada en la casa de las viejas. Y que entraría allí por la buenas o por las...

—Fuiste el único que salió en defensa de ese pobre hombre —oyó decir a su lado. Levantó la vista, y sus ojos se cruzaron con los de Marta.

—No fue nada. No iba a dejar que esa tía borde lo echara a la calle. La he visto sólo un par de veces, y me han bastado para comprobar que no la soporto.

—Ya somos dos... me llamo Marta.

—Yo soy Albert, encantado...

—¿Te importa que me siente?

—Hay suelo de sobra —respondió Albert dibujando un arco con su mano izquierda de lado a lado. En la otra, jugueteaba con un móvil de última generación.

—Parece que ahora mismo no sirven de mucho, ¿eh? —preguntó Marta mientras se sentaba a su lado, a pesar de que la respuesta era obvia.

—Nunca había estado tanto tiempo sin acceder a Internet... nada de Twitter, ni Facebook, ni Snapchat... mis amigos se estarán preguntando qué ha pasado conmigo...

En la pantalla del teléfono, volvía a aparecer una y otra vez el mensaje que avisaba de que el móvil estaba sin conexión.

—¿Crees... crees que todo sigue bien fuera del edificio? —preguntó ella. Tenía curiosidad por saber lo que pensaría una persona *normal* acerca de lo que estaba pasando. Entendiendo por *normal* a alguien que no hablase de fantasmas, extraterrestres o dimensiones alternativas como algo normal y corriente

—Claro. ¿Qué piensas, que esa cosa ha invadido el mundo entero? Ves demasiadas películas del *Syfy channel*, me temo.

—Bueno... no sé... ¿qué explicación le das entonces?

—Ni idea... puede que alguien estuviese transportando esa cosa por aire, y se les haya caído encima de nosotros...

Marta tuvo que reprimir una sonrisa. Aquello sonaba bastante peor que la idea de los extraterrestres.

—¿Y qué crees que es?

—Parece algún material aislante... no se puede negar que funciona de escándalo con las ondas... nada de televisión, radio, wifi... Quizás un experimento de algún tipo...

—Vale... aceptemos que es eso que dices... ¿cómo explicas entonces lo del hombre al que arrastraron hacia afuera? ¿O el numerito del italiano?

Albert aporreó la pantalla del móvil durante unos instantes, empeinado en conseguir aunque fuese una barra de cobertura.

—No tengo ni puñetera idea. Histeria colectiva, quizás.

Desde el otro extremo del portal, cierto *hermano friki* observaba la escena a distancia, sintiendo como los celos le atenazaban la garganta. Hubiera dado casi cualquier cosa por estar en el lugar de aquel tipo.

—Te la están levantando, hermano... vaya *matao* —susurró Alfonso al oído a Jaime. Estaba claro que disfrutaba con la situación más que con una de las pesadas bromas que ambos se dedicaban constantemente.

—¡Aparta, petardo! —protestó este último dándole un empujón. Alfonso estaba a punto de contraatacar con una de las suyas cuando Michael reclamó la atención de los presentes. Para que se le viese bien, subió un par de escalones.

—Vecinos, creo que debemos empezar a organizarnos... No sabemos lo que está

pasando fuera, así que vamos a basarnos sólo en los hechos. Por una parte, está clarísimo que todos queremos salir de aquí lo antes posible, pero es innegable que en el tiempo que llevamos encerrados, no ha habido ninguna acción de rescate. Es más, ni siquiera han intentado contactar con nosotros.

—¡Eso no demuestra nada! —gritó Maruja—. ¿Qué quieres decir, que nos van a dejar aquí? Y además... ¿a ti quien te ha dado vela en este entierro? ¿Llegas el último y te vas a poner tú a dar órdenes? —Conforme iba hablando, Maruja notaba como le hervía la rabia en el interior. Nadie iba a llegar a *su* edificio a cuestionar su poder. Ella era la que debía estar allí, acaparando la atención de sus súbditos, no aquel zarrapastroso rubio que, para más inri, no era propietario.

—No voy a dar órdenes a nadie, señora. Lo que ocurre es que tengo una serie de *conocimientos* —hizo una pausa al pronunciar la palabra— y creo que nos pueden ser de mucha utilidad si esta situación se alarga. En cualquier caso, por supuesto, no voy a obligar a nadie. Si le parece, votamos y que decida la mayoría...

—¡Y una mierda! —gritó aquel ogro disfrazado de señora. No estaba dispuesta a participar en una votación a mano alzada. Ella tenía la sartén por el mango. Si aquella situación duraba más de la cuenta, su despensa estaba lo bastante llena como para resistir lo que hiciera falta. Ya llamarían a su puerta aquellos zarrapastrosos a suplicarle un mendrugo de pan. Y por supuesto, en el momento en que todo aquello acabase, haría todo lo que estuviese en su mano para dar una patada en el culo al rubito, a la zorra y al italiano que no iban a olvidar en su vida. Ni tiempo iban a tener para recoger las cosas antes de que los echasen de su casa. Ya vería cómo.

A grandes zancadas, atravesó el pasillo y abrió la puerta del ascensor. Se quedó dentro unos segundos, sosteniéndola, y al ver que no pasaba nada, asomó la cabeza.

—¡Tú! ¡A qué esperas! —le gritó al *pobre* Mora. Durante unos instantes, se mantuvo un tenso silencio.

—N...no... no voy —susurró. Por primera vez desde que conoció a la que sería su esposa, se estaba atreviendo a llevarle la contraria.

—¿*Qué... estás... diciendo?* —preguntó Maruja con los ojos inyectados en sangre. Si se le hubiese podido tomar la tensión arterial en ese momento, la aguja del tensiómetro se habría puesto a girar a lo loco como una ruleta. Tenía los puños apretados y el rostro

congestionado.

—Me quedo aquí, con ellos —respondió Mora en voz baja. Había echado un órdago, y ya no había vuelta atrás. Si subía con esa mujer a su casa, no saldría con vida de esa noche.

Maruja se le quedó mirando, fijamente, mientras él era incapaz de levantar la vista de su único ojo del suelo. La respiración de ella, agitada, parecía la de un toro a punto de embestir. A pesar del odio que le hervía en las entrañas, supo mantener la suficiente sangre fría como para contenerse, girarse sobre sus talones, y cerrar la puerta del ascensor sin decir nada.

—Estás muerto, pequeño cabrón hijo de puta. Muerto —susurró mientras el ascensor recorría con parsimonia el camino vertical que la llevaría a su casa.

Mientras tanto, en la planta baja, las palabras de Maruja habían dejado un ambiente gélido que lo envolvía todo como una telaraña espesa. El primero en romper el silencio fue Abdou, que comentó algo a Moussa en su idioma. Tras un intercambio de frases, Moussa se dirigió a Mora.

—Señor, será un placer para nosotros que se quede en casa el tiempo que necesite. Compartiremos lo que tenemos con usted.

—Gra... gracias —susurró Mora con el ojo empañado en lágrimas. Abdou le palmeó el hombro con una amplia sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió entre amigos.

—Bueno, capítulo cerrado, entonces —añadió Michael en voz alta, y continuó a renglón seguido—. Es esencial que mantengamos un grupo de vigilancia continua aquí abajo. Si os parece, luego hablamos del orden en el que nos vamos a organizar. Ahora, vamos a descansar, porque no sabemos lo que nos van a deparar los próximos días, y a partir de mañana vamos a trasladar a un único sitio los alimentos y las medicinas, para poder llevar control sobre ellos. De momento, seguimos teniendo agua corriente, pero debo rogaros que no la malgastéis. No sabemos si estamos agotando las reservas de los depósitos, o si aún existe abastecimiento. Dejamos los baños para más adelante, ahora nuestra supervivencia es el principal objetivo.

La gente oía el discurso de Michael, y aunque como era lógico cada uno tenía sus propios sentimientos, la sensación generalizada era de incredulidad. Aquello no les podía

estar pasando a ellos. No podían estar hablando de racionalización, de falta de alimentos o de agua, ni de servicios sanitarios a los que no se podía acceder. Y sin embargo, así era.

Poco después de que Michael diese por concluida la reunión, y aconsejase a todos los vecinos que subieran a descansar a sus pisos —a sus recién estrenados pisos, en el caso de Mora—, se estableció la primera guardia. Habían decidido que iban a hacerse por parejas. La mayor parte del tiempo estarían en lo que debía haber sido la residencia del portero, pero que acabó convirtiéndose en un almacén donde los vecinos guardaban los trastos cuyo destino verdadero debía haber sido la basura. Una vez cada hora, saldrían para comprobar a una distancia prudencial de la puerta de entrada que no había cambios en la sustancia. Una vez hecho, una persona se quedaría en el portal mientras que la otra hacía una ronda por las escaleras para asegurarse de que todo estaba en orden. Como, por fortuna, seguían teniendo suministro eléctrico y éste, al contrario del agua no debía agotarse con su uso, entraron en el cuarto de contadores y colocaron la luz del portal en posición fija, para que no se apagase constantemente en intervalos de tres o cuatro minutos. Si el edificio hubiese tenido la aljibe en la parte de abajo, hubiesen podido comprobar si seguían teniendo suministro de agua. Sin embargo, al ser una construcción con cierta antigüedad, los depósitos estaban en la parte de arriba de los tejados, y no se podía acceder a ellos sin salir al exterior.

La próxima reunión quedó establecida para el día siguiente, por la mañana. De momento seguían agarrándose a esos conceptos como a una tabla salvadora; mañana y tarde, amanecer, anochecer... aunque ya no tuvieran confirmación visual del día o la noche, sus cuerpos seguirían manteniendo esa cadencia aprendida durante largo tiempo, esa memoria genética de la luz y la oscuridad, y esperaban no tener que pasar allí tanto como para llegar a perderla. El objetivo primordial era crear un operativo para organizar las comidas, el racionamiento de los víveres, y, en definitiva, tratar de organizarse para resistir el máximo tiempo posible. Algo que iba a resultar difícil, por no decir imposible.

Así, la primera noche pasó sin ningún incidente reseñable. Al menos, en las zonas comunes. Sin embargo, lo que ocurrió en el primero B, en la casa de Rocío, donde la cámara aún continuaba en modo de grabación, agotando ya los últimos megabytes disponibles de su tarjeta de memoria, era otra cosa muy diferente.

FIN DE LA PREVIEW. MÁS INFO ACERCA DE DÓNDE ENCONTRAR LA OBRA COMPLETA AQUÍ: <http://juanjoescritor.wix.com/nosquierenatodos>

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

Ellos nos quieren a todos es mi cuarta obra publicada dentro de los géneros del terror y el suspense. Puedes encontrar mis otras obras en AMAZON; en las siguientes páginas te dejo la ficha completa de cada una de ellas, así como los enlaces o los códigos QR con los que podrás adquirirlas **desde cualquier parte del mundo**.

RAÍZ fue mi primera publicación independiente y pertenece al género del terror. Cuenta los acontecimientos que suceden en un pequeño pueblo —al que no llega la cobertura de la señal móvil— desde el momento en el que se instala una extraña cabina de teléfonos en las afueras. Lo que comienza como un gesto normal, anacrónico quizás en los tiempos del 4G, acaba convirtiéndose en una ola de destrucción de la que pocos saldrán indemnes.

EL JUEGO DEL DIABLO se engloba dentro del suspense, con ciertas pinceladas de terror a lo largo de la historia, que eran inevitables siendo uno de los personajes principales el Diablo. Álex tendrá que enfrentarse a él en una frenética carrera, un intrincado y prácticamente irresoluble juego que le permitirá recuperar a su novia desaparecida, sólo en caso de resultar ganador, pero... ¿a cambio de qué?

TABULA RASA es también una historia de intriga, de suspense, con momentos de terror, en la que un enigma sobrevuela la exclusiva urbanización de las Colinas de Santa Marta. Una urbanización prácticamente inexpugnable en la que aparece de repente un mendigo con un llamativo chaleco naranja al que ni las cámaras, ni los más sofisticados dispositivos de seguridad parecen ser capaces de detectar. Simultáneamente, los propietarios comienzan a tener pesadillas con un chico rubio al que ninguno de ellos conoce.

Del autor del ebook "La habitación 352" JUAN JOSÉ DÍAZ TELLEZ

RAÍZ

Disponible
en formato papel
o ebook en
cualquier parte
del mundo:



<http://hyperurl.co/aepi0y>

<http://hyperurl.co/aepi0y>

Cuando Mabel vio desde la ventana de su habitación cómo aquél inquietante hombre delgado instalaba una –aparentemente– inofensiva cabina de teléfonos en la linde con el bosque, no creyó que eso pudiera suponer el fin del mundo tal como ella lo conocía.

Tan sólo unos días después, seres de pesadilla recorren las calles de Miravalle de la Colina, tomando el lugar de los habitantes del pueblo y reclamando la superficie, llegados de un lugar al que sólo la cabina puede acceder, de la que sólo ella puede traerlos.

La cabina está buscando a La Reina y a El Elegido. Cuando los encuentre, mostrará su verdadero aspecto, y ya no habrá escapatoria posible. Por alguna extraña razón, Mabel lo intuye, pero nadie puede creerla.

Siente el terror. Huye para salvar la vida. Y sobre todo, pase lo que pase... **NO CONTESTES AL TELÉFONO.**



El Juego del
DIABLO



<http://hyperurl.co/y78h8d>

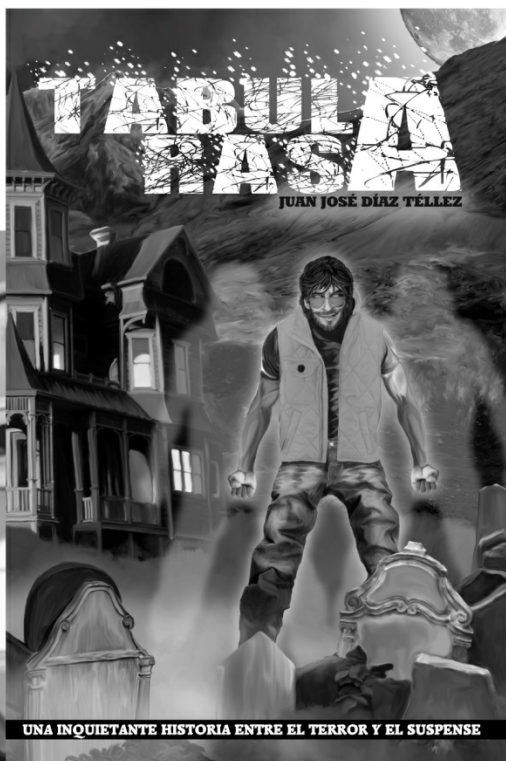
Disponible en
formato papel o
ebook en cualquier
parte del mundo:

<http://hyperurl.co/y78h8d>

El Juego del Diablo es un inquietante thriller sobrenatural ambientado en la ciudad de Málaga, que cuenta la pesadilla en la que se convierte la vida de Álex a partir del momento en que sus pasos se cruzan con los de un extraño individuo que le propone un retorcido juego.

A través de las palabras del extraño, Álex descubre que Clara, su novia, de la que no sabe nada desde que un par de días no ha desaparecido por su propia voluntad, y está en realidad en su poder.

La vida de Álex se ve transformada en una vertiginosa toma de decisiones en la que cualquier error puede conducir a la muerte de Clara. A medida que transcurre el juego, la ciudad se tiñe de sangre mientras que el inspector jefe Ramírez, ayudado por unos poderes extrasensoriales que ni siquiera su esposa conoce, le va pisando los talones. La situación se torna desesperada cuando Álex descubre que el desconocido es mucho más de lo que aparenta, y que apenas tiene posibilidades de salir victorioso de “El Juego del Diablo”



TABULA RASA



Disponible
en formato papel
o ebook en
cualquier parte
del mundo:

<http://hyperurl.co/uqgbfy>

El *Conjunto Residencial Colinas de Santa Marta* es la urbanización más lujosa y exclusiva del sur de Europa. Rodeada por una infranqueable muralla infestada de sensores y alarmas y con su propio cuerpo de seguridad, se podría decir que es el lugar más inexpugnable del planeta sin temor a equivocarse.

Entonces, ¿cómo es posible que una noche aparezca un mendigo merodeando las mansiones de los propietarios, y que ni sensores ni cámaras sean capaces de detectarlo? ¿Por qué ni los más sofisticados sistemas de alarma, ni los hombres más preparados parecen ser capaces de atraparlo? ¿Por qué desde esa noche, los propietarios comienzan a soñar con un muchacho rubio? ¿Qué terrorífico secreto guarda el mendigo?

Cuando los propietarios descubran que sus vidas dependen de él, no tendrán más remedio que aunar fuerzas para evitar su destino. Lo que jamás podrían llegar a imaginar siquiera es que descubrir el secreto destruirá sus vidas.

AGRADECIMIENTOS

Aunque la lista de agradecimientos sería tan grande como para ocupar un libro del tamaño de éste, es imposible escribir los nombres de todos y cada uno de vosotros, de todas y cada una de vosotras. Si me olvido de alguien no me lo tengáis en cuenta, sabéis que mi cabeza pasa más tiempo en las nubes que donde debe estar, pero vivís en mi corazón, que no os quepa duda.

A María Jesús y a Eli por ser mis lectoras cero y tirarme de las orejas cuando se me va la olla más de la cuenta. Siempre estoy esperando a que terminéis de leer con la respiración contenida.

A Eva Díaz, presidenta de mi *club de fans inexistente*, un millón de gracias por tu apoyo incondicional y por tu interés en cada cosa que escribo. ¡Seguro que en cuanto acabes de leer estas páginas ya me estarás preguntando por el siguiente :)

A Carlos Navas por su apoyo y sus consejos sobre la portada, a veces tan sólo hace falta un pequeño empujón para que los árboles no te impidan ver el bosque.

A Tony Jiménez (o a sus gatos, no sé) por su apoyo incansable. No creo que haya una de mis entradas en Facebook sin un *Me gusta* suyo.

A Enrique Laso, aunque no nos conocemos personalmente, y habremos coincidido en facebook en no más de un par de ocasiones, sus consejos a los escritores independientes no tienen precio y me han servido de muchísima ayuda, sobre todo en los momentos de bajón (escasos, pero haberlos, *haylos*).

A tantos, tantos, tantos seguidores de *Facebook*, *Twitter*, *Instagram*, *Goodreads* y *Blogger* que sería imposible escribirlos aquí sin que el libro ocupe dos volúmenes. Gracias por contestar, comentar y compartir. Gracias, gracias, gracias.

A todos mis lectores pasados, presentes y futuros, gracias por dedicar unas horas de vuestra vida a perderos entre estas páginas. En estos tiempos que vivimos en los que no podemos ni respirar sin cronometrarlo, eso no tiene precio.

A mis amigos, a mis compis del curro, a mi familia... espero que os hayáis divertido con lo escrito en estas páginas.

Y mi último agradecimiento se lo dejo a una persona cuyos ojos no se posarán en estas líneas, pero que fue el que comenzó todo, el que encendió la primera chispa que hizo arder la hoguera: Stephen King, gracias infinitas por tantas cosas que no hay páginas suficientes para contenerlas.

Málaga, 16 de agosto de 2017

ACERCA DEL AUTOR



Nací en Málaga, el 21 de agosto de aquel renombrado año 1969 en el que el hombre puso por primera vez (o eso dicen) el pie en la Luna. Soy autor especializado en dos campos que, con permiso de *R.L. Stine*, tienen poco que ver entre sí: por una parte el terror y el suspense; y por otra la literatura infantil. Diplomado en informática por la Universidad de Málaga y diseñador gráfico, me encargo tanto del diseño de mis portadas como del interior de cada uno de mis libros.

Mi primera obra publicada, *La habitación 352*, llegó al público de mano de **Editorial Planeta** en su sello **Scyla Ebooks** en 2013. A día de hoy, *La habitación 352* sigue sumando nuevos lectores alrededor del mundo y se mantiene como uno de los *ebooks* más leídos en el género de terror en *Google Play*.

Cautivado por las posibilidades de la edición independiente, desde mi siguiente obra, *Raíz*, me convertí en un autor **indie** convencido. Todas mis obras están disponibles en AMAZON y otras plataformas de venta online por tiempo ilimitado, tanto en papel como en ebook.

Mis relatos cortos han sido incluidos en diversas antologías. Una de mis favoritas es *Se arrastran en la oscuridad* (premiado en el concurso de La Web del Terror, y que se puede adquirir de forma independiente en AMAZON). *Último Deseo*, incluido en *Relatos Insólitos*, comparte páginas con grandes autores como Laura Gallego, Teresa Viejo o Emilio Calderón, entre otros.

Puedes encontrarme en (casi) todas las redes sociales, en mi página web, o a través de mi dirección de correo electrónico. Te dejo la lista aquí:

WEB www.juanjoescritor.com

EMAIL info@juanjoescritor.com

FACEBOOK www.facebook.com/juanjodiaztellez

TWITTER [@juanjoescritor](https://twitter.com/juanjoescritor)

GOODREADS www.goodreads.com/JuanJoseDiazTellez

Y si te apetece estar al tanto de cualquier novedad en lo referente a mis obras pasadas o futuras, concursos, regalos, y todo lo que tenga que ver conmigo, entonces deberías apuntarte a mi lista de correo desde el enlace siguiente:

LISTA DE CORREO <http://eepurl.com/bNU5vL>

¡Nos vemos allá fuera!